

Ana Lourdes Suárez

Profundización de la exclusión. Hogares de bajos ingresos del Gran Buenos Aires. 1985-1995

Introducción

En los últimos años, las fuertes transformaciones socioeconómicas del país vienen replanteando las estrategias a las cuales recurren los hogares para obtener sus ingresos. La profundidad de los cambios operados en la estructura económica incidió en forma particular sobre los hogares pobres. En este trabajo se identifican y analizan algunos de los cambios sociodemográficos más significativos operados en dichos hogares entre 1985 y 1995. Interesa analizar particularmente aquellos aspectos relacionados con la forma en que las unidades domésticas obtienen los recursos para subsistir. Las preguntas que subyacen al trabajo son cuáles fueron los cambios en los hogares pobres, y cómo respondieron ellos a los desafíos que las transformaciones económicas les fueron planteando.

El foco del estudio está puesto en los cambios que sufrieron los hogares de bajos ingresos entre 1985 y 1995. Primero se analiza la evolución de la distribución del ingreso y del ingreso medio, así como los principales aspectos socioeconómicos que acompañaron el deterioro en la equidad distributiva. Luego se analiza la influencia de la situación de pobreza y los cambios en las estrategias ocupacionales de los hogares de bajos ingresos considerando los siguientes aspectos: la estructura de los hogares, la situación educativa, la participación en el mercado de trabajo y

⁷ Este trabajo ha sido realizado sobre la base de investigaciones efectuadas en el marco de una beca de Perfeccionamiento de la Universidad de Buenos Aires bajo la dirección de Floreal Forni; y con subsidios de la Universidad del Salvador (IDICSO).

la inserción laboral de los ocupados. El estudio comparativo entre 1985 y 1995 comporta principalmente dos ejes. Uno es un análisis de la influencia de la situación de pobreza en los distintos aspectos que abarca el estudio a lo largo de la década. Se realiza para ello un análisis comparativo entre los hogares y personas pobres y no pobres. El segundo eje se centra en los cambios operados exclusivamente en el interior de los hogares en situación de pobreza.

Se presta particular atención a la incidencia de la situación de pobreza según la posición en el hogar. Dicho aspecto, se operacionalizó según un criterio que combina la posición en el hogar y la edad. Las categorías de la variable son las siguientes: jefes, cónyuges, miembros del hogar de entre 20 y 24 años pero que no son ni jefes ni cónyuges, miembros del hogar de entre 14 y 19 años (excluyendo a aquellos que son jefes o cónyuges), niños (hasta 13 años) y restantes miembros de la unidad doméstica. Para algunos aspectos se recurrió también al principal perceptor de ingresos del hogar.

La aproximación a los hogares pobres se realizó tomando a aquellos ubicados en los tres primeros deciles de la distribución del ingreso per cápita familiar.¹ Se trata de una medida relativa, que permite identificar para cada año a los hogares peor posicionados en la escala de los ingresos.²

En el país, la mayoría de los estudios interesados en medir la pobreza utilizan o el método conocido como Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), o el de la Línea de Pobreza (LP). La pobreza se define así como una situación de carencia en el acceso a ciertos bienes y servicios según el primer método, o por la imposibilidad de alcanzar cierto nivel de ingresos según el segundo. Creemos que ambos métodos son sólo aproximaciones a la problemática de la pobreza. Esta es una condición de vida que implica la exclusión social, en la que es muy difícil discriminar entre componentes. Desde esta perspectiva existencial de aquellos en situación de carencia, resulta casi imposible identificar adecuadamente a los hogares pobres con datos agregados.

30

¹Se incluye a aquellos hogares que no perciben ingreso monetario alguno. La incidencia de estos hogares en el conjunto de la distribución era del 0,7 por ciento en 1985, del 0,6 por ciento en 1991 y ascendió al 1,5 por ciento en 1995. Los datos parecen indicar, por lo tanto, que se trata de hogares con una importancia creciente. De hecho en la onda de octubre de 1996 la incidencia de hogares sin perceptores de ingreso era del 2,0 por ciento.

²A los efectos prácticos, al referirnos a los hogares objeto de estudio, éstos serán calificados indistintamente como "hogares en los tres primeros deciles de la distribución del ingreso", "hogares con bajos ingresos", o directamente "hogares pobres".

No es éste el lugar para una discusión acerca de las características y limitaciones de los diversos métodos para medir e identificar a los pobres. Interesa destacar que en este trabajo se ha optado por una aproximación a la problemática de la pobreza desde la desigualdad en la distribución del ingreso, sin por ello adscribir a una identificación entre ambos conceptos. Creemos, como afirma Sen, que la desigual-

dad y la pobreza se relacionan, y que otro sistema de distribución podría erradicar a la segunda. Sin embargo, analizar la pobreza como un "problema de desigualdad", o viceversa, no le haría justicia a ninguno de los dos conceptos (Sen, 1992a).

Diversos autores muestran la conveniencia de utilizar el procedimiento que se escogió en este trabajo para identificar a los pobres.³ Los mismos enuncian los problemas de la pobreza en términos de estratificación, lo cual supone concebirla como un problema de desigualdad. Afirman que este enfoque se aleja de los esfuerzos de medir las líneas de pobreza con precisión pseudocientífica.⁴ Como afirmara Sen, creemos que la extensión de la real desigualdad de oportunidades que las personas tienen que enfrentar no puede deducirse de la magnitud de la desigualdad de ingresos. Aquello que una persona puede o no hacer o alcanzar no depende sólo de los ingresos, sino también de la variedad de las características físicas y sociales que afecta nuestras vidas y nos hace ser lo que somos (Sen, 1992b).

Asimismo, interesa destacar que en el abordaje de la pobreza aquí propuesto, al igual que en el método de LP, está implícito que la posibilidad de que un hogar satisfaga o no las necesidades básicas depende del nivel de los ingresos corrientes que obtiene. Sin embargo, el ingreso es sólo una de las múltiples dimensiones de la pobreza. Dos hogares con ingresos monetarios similares pueden gozar de niveles de bienestar muy distintos; del mismo modo, hogares con similares niveles de bienestar pueden tener muy diferentes niveles de ingreso. Vale decir que bienestar e ingreso varían cuando los hogares son capaces de financiar el consumo con ahorro. En conclusión, la calificación de los hogares pobres según su nivel de ingresos, no considera el consumo (Atkinson *et al*; 1995). Además, entre otras limitaciones, el ingreso es sólo un satisfactor indirecto y potencial de necesidades básicas.

Dada la estructura socioeconómica argentina, creemos que la pobreza en el país está estrechamente vinculada con la estructura distributiva. El tamaño e intensidad del fenómeno están en relación directa con el empleo, el ingreso medio y con la desigualdad de la distribución. Estas tres variables influyen entre sí: un au-

³Consúltese Miller y Roby (1971) Infante (1993), y Streeten (1990).

⁴Existen diversas medidas alternativas y superadoras a la Línea de Pobreza que intentan medir la incidencia de la pobreza recurriendo a los ingresos. La más tradicionalmente utilizada es la que califica como pobre a aquella población que reside, por ejemplo, en hogares con ingresos por debajo de la mitad de la mediana de ingresos totales (Atkinson, 1995). En años más recientes, se han desarrollado diversos índices, como el de Sen (Sen, 1976), el conocido como FGT (Foster, Greer y Thorbecke 1984) o el de Pyatt (1987), que intentan relacionar la incidencia e intensidad de la pobreza con la desigualdad distributiva. Los dos últimos incorporan asimismo los principios de monotonicidad y transferencia propuestos por Sen. El primer principio postula que una reducción de los ingresos de una persona que está debajo de la LP debe hacer que el índice de pobreza aumente. El axioma de transferencia postula que una transferencia de ingresos de una persona que está por debajo de la LP hacia cualquier otra que sea más rica que ésta debe reflejarse en un aumento del índice de pobreza (Petrecolla, 1996).

mento del desempleo facilita caídas en el ingreso medio; ambas tienden, a su vez, a desmejorar la desigualdad (Beccaria, 1993). El deterioro sufrido en dichos aspectos durante el período considerado en este estudio es paralelo al aumento de la incidencia de la pobreza.

La fuente de datos utilizada es la Encuesta Permanente de Hogares (EPH). Se procesaron las ondas de octubre 1985, 1991, y 1995 del Aglomerado del Gran Buenos Aires (área en la que se focaliza el trabajo).

Las ondas de 1985 y 1995 se eligieron por corresponder a los extremos del período considerado en el trabajo. Si bien 1990 es el punto medio del período bajo estudio, por su cercanía con la hiperinflación de 1989, se decidió seleccionar el año 1991. Cabe destacar dos aspectos. Primero, que hay grandes heterogeneidades en cada una de ambas partes de la década analizada. Segundo, que 1995 fue un año pico en cuanto al desempleo debido a la crisis recesiva de dicho año. Por tal motivo, en varias de las secciones se presentan y analizan también datos de octubre de 1996.

Tanto la forma de identificación de los hogares de bajos ingresos como las temáticas del estudio se vieron influidas por las limitaciones que presenta dicha fuente. Respecto del primer punto, los ingresos captados por la EPH corresponden casi exclusivamente a los derivados del trabajo y a las jubilaciones y pensiones. La desigualdad de los ingresos provenientes del trabajo es menor que la correspondiente a la de los ingresos personales totales. A su vez, el nivel mismo de inequidad de la distribución de los ingresos del trabajo está subestimado, debido a que los respondientes tienden a aumentar el subregistro a medida que lo hace el ingreso (Beccaria, 1993).

Finalmente, interesa destacar que en este estudio no se establecen diferencias entre hogar y unidad doméstica. Siguiendo el marco teórico de la EPH, el concepto de unidad o grupo doméstico-familiar, operacionalizado en el concepto empírico de "hogar", se emplea para referirse al grupo de personas que —teniendo por lo general lazos de parentesco— vive bajo el mismo techo, organiza sus recursos colectivamente y tiende a poner en acción comportamientos económico-ocupacionales de generación de ingresos y actividades de consumo. Se trata, por lo tanto, de un "grupo social" que comparte una vivienda y articula una economía común.

Ingreso y desigualdad distributiva

Hasta mediados de los años 1970 Argentina se caracterizaba por registrar una distribución del ingreso más homogénea que otros países con un grado similar de desarrollo. Su distribución moderadamente equitativa era reflejo de la existencia de una amplia clase media. Actualmente, por el con-

trario, esa estructura distributiva es más desigual, con una porción significativa de su clase media en proceso de empobrecimiento.

En 1974, el estrato de ingresos bajos —aquel que abarca al 30 por ciento de los hogares de menores recursos— recibía el 12,4 por ciento del ingreso per cápita total (Beccaria, 1993). Desde entonces, aun si se verifican algunos altibajos, se observa una tendencia a disminuir dicha proporción. En 1978 el valor era ya del 10,4 por ciento (Beccaria, 1993), cifra que se mantiene hasta mediados de los años 1980, cuando comienza nuevamente a descender. En 1995, los hogares de dicho estrato concentraban sólo el 8,0 por ciento del ingreso per cápita familiar. En el estrato de ingresos más altos —que abarca al 30 por ciento de los hogares de mayores recursos— se observa el proceso inverso. Pasaron de concentrar el 59,8 por ciento de los ingresos per cápita en 1985 al 65,8 por ciento en 1995.⁵ Así, el promedio de ingresos per cápita de los hogares del estrato superior, que en 1985 era 5,7 veces superior al promedio de aquellos en los tres primeros deciles, en 1995 lo superaba 8,2 veces (Cuadro 1).⁶

Diversos trabajos han abordado el estudio de la distribución del ingreso del Gran Buenos Aires agrupando a los hogares por quintiles de ingreso per cápita (Minujin y López, 1993; Montoya y Mitnik, 1995; Frediani, 1995; Salvia y Donza, 1996 entre otros). La tendencia que se observa para los diversos períodos que dichos trabajos consideran es la misma que la recién descrita. El primer quintil concentra cada vez menos ingresos que son absorbidos principalmente por los hogares del último quintil.⁷ Desde mediados de los años 1980 la media de ingresos del quintil más alto supera en más de diez veces a la media de los hogares del primer quintil (Minujin y López, 1993; Salvia y Donza, 1996).

En Argentina existe una estrecha relación entre el comportamiento del valor medio de las remuneraciones y la distribución del ingreso. En términos generales, en períodos donde se reduce el valor medio del ingreso, la distribución se hace más desigual (Beccaria, 1993). En las dos últimas décadas por lo tanto, paralelamente al proceso de desmejoramiento en la distribución de los ingresos hubo una pérdida paulatina del ingreso medio de los hogares.

⁵Del estrato de ingresos más altos, el decil superior es el responsable de la mayor tendencia a concentrar recursos. En 1974 concentraba el 27% del ingreso per cápita (Beccaria, 1993), en 1985 el 31,3% y en 1996 el 37,6 por ciento.

⁶En 1996 las cifras muestran un leve empeoramiento en la distribución del ingreso respecto del año anterior —véase Cuadro 1—. Podría objetarse que la elección del año 1995 como año final del período considerado no es conveniente por la crisis recesiva durante el mismo. Sin embargo, superada la misma, la distribución del ingreso, y la incidencia de la pobreza, como luego se analizará, no mejoraron.

⁷A partir de 1991, y particularmente entre 1991 y 1993, también el tercer quintil concentra ingresos a costa de los quintiles inferiores (Beccaria, 1993; Salvia y Donza, 1996).

Entre 1974 y 1995, la reducción de los ingresos de los hogares del GBA, según los cálculos de Montoya y Mitnik (1996), fue del 18 por ciento. Dicho proceso fue particularmente agudo en la segunda mitad de los años 1970 y durante la década de 1980. En el período comprendido entre 1974 y 1988 el ingreso medio per cápita familiar perdió el 41 por ciento de su valor. La reducción afectó principalmente a los hogares de los tres primeros deciles de la distribución (Beccaria, 1992). En 1989 se registró la peor baja en el ingreso medio (Montoya y Mitnik, 1996). La recuperación del nivel de actividad, y la reducción de la inflación, que se observa a partir de 1991, permitió que también mejorasen los ingresos reales de todos los tipos de perceptores y, por lo tanto, de los hogares. En el período 1991-1995 hubo una pequeña recuperación del ingreso medio familiar de los hogares (del 7,7%). Sin embargo la misma sólo benefició a los hogares del tercer al quinto quintil. En dicho período, aquellos hogares agrupados en los dos primeros quintiles de la distribución del ingreso vieron reducir sus ingresos medios en aproximadamente 7,5 por ciento (Salvia y Donza, 1996).

Un indicador comúnmente utilizado para mostrar el grado de concentración en la distribución del ingreso es el coeficiente de Gini.⁸ Desde mediados de la década de 1950 hasta los setenta, para el conjunto metropolitano de Argentina, el coeficiente de Gini se mantuvo casi sin alteraciones en un valor cercano a 0,40 (Altimir, 1996 y 1997). Desde mediados de los años 1970 se observa un constante aumento del coeficiente, que llega a su punto máximo en 1990 (0,55). En los años posteriores, pese a una pequeña reducción, el valor se mantiene por encima de 0,50 (Altimir, 1997).

En el Gran Buenos Aires se registra la misma tendencia, aunque el coeficiente asume valores levemente inferiores a los del conjunto metropolitano del país. En 1974 su valor era de 0,35 (Montoya y Mitnik, 1996). Alcanza su máximo valor en 1989 (0,50). En los años posteriores a 1991 la pequeña recuperación de los ingresos medios del conjunto de los hogares ya comentada, así como la transitoria reducción de la brecha distributiva entre 1991 y 1994 no se reflejan en el coeficiente de Gini. Esto se debe a que hay una mayor dispersión de los sectores medios hacia los extremos, lo cual se traduce en una mayor concentración de los ingresos en los estratos más altos (Minujin y López, 1993). El proceso de concentración de ingresos es más agudo a partir de 1994, lo que se refleja en un nuevo incremento del coeficiente de Gini (Cuadro 1).

Cabe concluir que el desmejoramiento en la equidad distributiva que se verifica en los últimos veinte años en el país parece haber adquirido un carácter estructural que parecería estar lejos aún de revertirse.

⁸ El coeficiente de Gini asume el valor 0 cuando el ingreso está perfectamente distribuido y 1 cuando la desigualdad es máxima.

Principales aspectos socioeconómicos que acompañaron el deterioro en la equidad distributiva del período

¿Cuál fue el contexto socioeconómico que acompañó el deterioro en la distribución del ingreso recién descrito?

La política económica implementada a partir de mediados de los años 1970 produjo primero una declinación del crecimiento del PBI para después pasar a un contexto claramente recesivo que se mantuvo durante toda la década de los años 1980. Algunas de las consecuencias económicas más graves del período fueron la desindustrialización, el crecimiento sin precedentes de la deuda externa y la concentración productiva y financiera (Azpiazu, Basualdo, Khavisse, 1986).

El proceso mencionado fue acompañado por una general redefinición del rol regulatorio del Estado en la sociedad y en la economía. A su vez, en el marco de dicha redefinición fueron cambiando las reglas de juego que servían de base a la discusión de la distribución de los frutos del proceso productivo (Beccaria, 1992).

La conjunción del retroceso productivo y la eliminación de diversos mecanismos donde se dirimía, al menos parcialmente, la "puja distributiva" entre otros tuvo dos efectos importantes: la fuerte reducción en las remuneraciones ya comentada, y la menor capacidad de generar empleo. Ambos factores incidieron fuertemente en el desmejoramiento de la distribución del ingreso (Beccaria, 1992).

Durante la década de 1980, pese al cambio en la política económica que se intentó implementar con el retorno a la democracia, la producción se mantuvo estancada, la inversión se concentró en el sector financiero y el endeudamiento continuó creciendo (Salvia y Donza, 1996). Fue una década signada por la inflación y la recesión. El Plan Austral (plan de ajuste heterodoxo), posterior a la gran inflación de 1985, sólo parcial y transitoriamente logró detener y revertir el proceso de desinversión y deterioro económico y social general (Salvia y Donza, 1996). El mismo fue sucedido por el Plan Primavera (1988) que también fracasó. La década de 1980 concluyó en una aguda crisis que produjo la explosión hiperinflacionaria y un agravamiento profundo del estancamiento económico.

Durante dicha década, en conclusión, la profundidad y persistencia de los cambios económicos y las crisis trajeron aparejado un fuerte deterioro en las condiciones de vida de importantes sectores de la población. La estructura social del país quedó seriamente afectada, produciéndose un empobre-

cimiento general y la incorporación de nuevos grupos al universo de la exclusión y la vulnerabilidad social (Salvia y Donza, 1996).

A partir de la implementación del Plan de Convertibilidad, en 1991, se inició una fase de lenta recuperación económica que se vio reflejada en el comportamiento de algunos indicadores macroeconómicos como la caída de la inflación, el aumento del PBI, de las importaciones y de las exportaciones.⁹ Si bien en 1995 hubo un retroceso en algunos de los aspectos mencionados, en 1996 comenzó a revertirse la transitoria crisis recesiva (Gerchunoff y Torres, 1996). Sin embargo este proceso estuvo acompañado por efectos regresivos sobre las remuneraciones, el empleo y consecuentemente sobre la desocupación.

Según datos elaborados por Lindemboim, durante la década de 1980 en el conjunto de los 25 aglomerados urbanos que constituyen el marco muestral de la EPH hubo un incremento del 1,9 por ciento de la Población Económicamente Activa (PEA) y del 1,6 por ciento de la ocupación. Entre 1991 y 1995 la casi totalidad de los aglomerados urbanos registran un ritmo de crecimiento de la ocupación menor que el correspondiente a la población. Pero, a diferencia del lapso precedente, en siete de ellos se evidencia una pérdida neta de puestos de trabajo. Casi todos ellos son centros urbanos de la Pampa Húmeda y se incluyen a los tres mayores aglomerados (GBA, Gran Córdoba y Gran Rosario).¹⁰ La ocupación cae en alrededor de 300.000 puestos de trabajo (Lindenboim, 1996).

Por último, el crecimiento anual del desempleo abierto en el último quinquenio muestra el costo del "nuevo plan económico". Desde la crisis del treinta hasta los años 1980 la tasa de desempleo fue normalmente inferior al 4 por ciento. Durante la década de 1980, a pesar del estancamiento, la tasa no sobrepasó el 6 por ciento. Este fenómeno, como señalan Gerchunoff y Torres, no respondió a políticas de empleo sino al funcionamiento de una economía cerrada con déficit fiscal, que produjo a la vez inflación y algo de empleo. En la década de 1990 la tasa de desempleo crece en forma constante,

alcanzando en 1996 un valor de 17 por ciento. Los dos dígitos de la tasa de desempleo en los años 1990 constituyen, pues, un corte drástico con el pasado (Gerchunoff y Torres, 1996).

A las cifras alcanzadas por el desempleo abierto es necesario sumarles aquellas provenientes del desempleo oculto, tanto en la inac-

tividad como en la ocupación (Pok, 1996). La medición de ambos tipos de desempleo es más compleja e imprecisa que para el desempleo abierto. Según datos presentados por Monza para las áreas urbanas del país, se estima que a mediados de los años 1990, el denominado desempleo oculto o disfrazado, esto es, personas que no participan en el mercado de trabajo por considerar que las expectativas de conseguir una ocupación apropiada son reducidas, afecta al 0,6 por ciento de la población. A su vez, los subocupados (aquellos que involuntariamente trabajan una jornada inferior a la normal) representan el 34,4 por ciento de los ocupados (Monza, 1995).

La suma de las distintas formas de desocupación y subocupación alcanza un porcentaje muy elevado de la población económicamente activa y proporciona un indicador apropiado para el dimensionamiento del problema del empleo que enfrenta la Argentina. Los elevados valores alcanzados por estos indicadores se generaron a lo largo de un período prolongado, no como hechos autónomos o fortuitos, sino como una contrapartida directa del funcionamiento macroeconómico del país (Monza, 1995).

Es posible concluir que el crecimiento económico verificado a principios de la presente década no redundó en un incremento del bienestar de la colectividad, ya que las políticas macroeconómicas adoptadas no incorporaron consideraciones de equidad. Actualmente, la persistente desocupación, la creciente precariedad del empleo y la caída de las remuneraciones reales está generando mayor pobreza, desigualdad y exclusión social.

La situación socioeconómica descrita se refleja en la *evolución de la pobreza*. Según los cálculos del INDEC, para el GBA, en 1985 el 13,1 por ciento de los hogares estaba por debajo de la Línea de Pobreza.¹¹ En los dos años siguientes dicho valor asciende levemente. En 1989, como reflejo de la hiperinflación, alcanza valores extremadamente altos (38,3%). Dos años después la incidencia volvió a rondar valores cercanos a los de 1987. Entre 1991 y 1993 bajó levemente el porcentaje de hogares identificados como pobres según este método. En este último año, el porcentaje se iguala al de 1985. A partir de 1994, a tres años de la implementación del Plan de Convertibilidad, se observa un constante y fuerte aumento de su valor; pasó del 14,2 por ciento en 1994 al 18,2 por ciento en 1995, y al 20,1 por ciento en 1996 (Cuadro 2). Estos datos insinúan que la exclusión social parece haberse instalado en el país como un problema estructural de crecientes dimensiones.

Interesa destacar que, al aumentar el porcentaje de hogares ba-

⁹ La inflación registró una constante baja desde 1991, siendo inferior al 5% anual desde 1994. El PBI alcanzó tasas anuales entre el 6 y 8,9% entre 1991 y 1994 y en 1996 fue del 3%. El volumen de las importaciones y exportaciones registró constantes aumentos desde 1991 (Gerchunoff y Torres, 1996).

¹⁰ En el Aglomerado del Gran Buenos Aires entre 1980 y 1991 las tasas de crecimiento de la PEA y de la ocupación son del 1,5 y 1,2%, respectivamente. Entre 1991 y 1995 asumen valores de 3,2 y -0,2 en cada caso (Lindenboim, 1996).

¹¹ La primera construcción de la Línea de Pobreza fue realizada por Altimir en el marco de un estudio efectuado por la CEPAL en 1970. En 1985, un estudio realizado por Beccaria y Minujín recalculó la LP, recurriendo a la Encuesta Permanente de Hogares. Desde entonces el INDEC actualiza para cada onda de la EPH los datos que permiten calcular la incidencia de la pobreza a través de este método.

jo la Línea de Pobreza, aumenta asimismo la proporción de tales hogares que se ubican, a su vez, en los tres primeros deciles de la distribución del ingreso per cápita familiar. En 1985, menos de la mitad de hogares en los tres primeros deciles estaban a su vez bajo la LP; en 1991, dicha proporción alcanza a la mitad; y, en 1996, más de seis de cada diez hogares están en los tres primeros deciles del ingreso y asimismo bajo la LP (Cuadro 2). En otras palabras, son cada vez menos los hogares que figuran en los tres primeros deciles de la distribución del ingreso per cápita familiar que superan la LP.

En conclusión, en el período en el que se centra el presente estudio (1985-1995), la exclusión social se agudiza. Por lo tanto, resulta relevante identificar cuál ha sido el impacto específico de este proceso sobre los hogares más vulnerables.

Estructura de los hogares

El tamaño de los hogares de bajos ingresos no se modificó en los últimos diez años. El promedio de personas por hogar ronda cifras cercanas a 4,1 en cada año. Tampoco hay modificaciones en el promedio de personas si se consideran los grupos etarios. La presencia de menores de 14 años por hogar, en promedio, fue siempre alrededor de 1,5; los adolescentes (15-19 años) fueron casi 0,5, los jóvenes (20-24 años) alrededor de 0,2, los adultos 1,6 y los mayores de 64 años 0,4 por hogar.

Cabe destacar, a su vez, que las brechas en el promedio de personas entre los hogares con bajos ingresos y los que superan el tercer decil tampoco se modificaron. En los últimos años, en los hogares de los tres primeros deciles siempre hubo en promedio poco más de una persona más por unidad doméstica, debido principalmente a la mayor presencia de población infantil (Cuadro 3).

Respecto del *sexo de los jefes de los hogares*, interesa destacar la creciente participación de hogares con jefatura femenina entre aquellos con ingresos insuficientes. Pasaron de representar el 15 por ciento de los hogares

pobres en 1985 al 22,1 por ciento en 1995. En los hogares que superan el tercer decil, si bien con algunas pequeñas variaciones, las unidades domésticas con jefe mujer representaron siempre a lo largo de la década, alrededor de un cuarto del total de dichos hogares (Cuadro 3).¹²

¹² De acuerdo con diversos indicadores de pobreza -LP, NBI y 4 primeros deciles de la distribución del ingreso per cápita familiar- para los años 1992 y 1994, la proporción de familias pobres del Gran Buenos Aires fluctuaba entre un 14% y un 23% del total de las encabezadas por mujeres, y su número varía entre poco más de 45 mil y alrededor de 90 mil hogares según la definición operacional que se utilice (Geldstein, 1997).

La creciente jefatura femenina en hogares pobres hace a dichas unidades domésticas particularmente vulnerables. Como señala Geldstein, los hogares con jefe varón cuentan, en su enorme mayoría, si bien potencialmente -y crecientemente de manera real-, con por lo menos un perceptor adicional: la cónyuge. Si ésta no desempeña un trabajo para el mercado, la familia puede optimizar sus posibilidades de división del trabajo dentro del hogar, y así el jefe trabajador puede, en caso de encontrar oportunidades, maximizar su dedicación al desempeño de un puesto remunerado. Por definición, estas posibilidades le están negadas a la mayoría de los hogares con jefa mujer (Geldstein, 1997, pág. 16).

Al considerar al *principal perceptor de ingresos del hogar*, se observa que la creciente participación femenina en los hogares de escasos ingresos es aun más intensa que la registrada para la jefatura del hogar. La diferencia porcentual entre 1985 y 1995 es de casi 12 puntos. En este último año, un tercio de los principales perceptores de ingresos del hogar eran mujeres. Dicha proporción iguala a la de sus pares, que superan el tercer decil de ingresos. En este último grupo la proporción de principales perceptoras mujeres se mantuvo casi invariable en los últimos diez años; tampoco se observan modificaciones en la distribución del principal perceptor según posición en el hogar.

En los hogares de escasos ingresos la creciente participación femenina como principal sostén del hogar se da en forma paralela a una menor participación de los jefes como principales perceptores. Dicha baja fue absorbida principalmente por las cónyuges como principales sostén del hogar (Cuadro 3).

En síntesis, a lo largo de la década en estudio, en los hogares de escasos ingresos no hubo modificaciones en el tamaño de los hogares del Gran Buenos Aires. Sin embargo, creció la participación de mujeres como jefas de hogar y como principales sostenes económicos del mismo. Asimismo, una mayor proporción de cónyuges pasaron a ser las principales perceptoras de ingresos de sus hogares. Debido a ambas tendencias y al hecho de que entre los hogares que superan el tercer decil no hubo casi modificaciones a lo largo de la década, en 1995 los hogares con escasos ingresos, y aquellos no pobres, presentaban una estructura similar en lo concerniente al sexo del jefe y del principal perceptor, así como a la posición en el hogar de este último.

Situación educativa

En esta parte del artículo se aborda la situación educativa de la población objeto de estudio según su posición en el hogar. Interesa asimismo analizar los cambios en la situación educativa del principal perceptor de

ingresos del hogar y la del hogar en su conjunto. Se considera para ello el máximo nivel de instrucción de la población mayor de 13 años según la situación de pobreza del hogar.

En la década en estudio la población mayor de 13 años de escasos ingresos tendió levemente a incrementar su nivel de instrucción. En 1985 el 31,5 por ciento no había alcanzado a completar la primaria, mientras que en 1995 dicha cifra disminuyó al 21,8 por ciento. Se registra, a su vez, un leve incremento en la población que supera el nivel primario, pasando de representar el 28,5 al 37,2 en 1985 y 1995, respectivamente. El porcentaje de la población que finaliza su educación formal al concluir la primaria permaneció invariado: desde 1985 representa alrededor del 40 por ciento de las personas con escasos ingresos.

Entre la población que supera el tercer decil de ingresos se observa un proceso similar al recién descrito: disminución de personas con niveles inferiores a la primaria completa a favor de un aumento de quienes logran continuar sus estudios luego del ciclo primario.

Cabe destacar, sin embargo, que las brechas en los niveles de instrucción entre una y otra población se mantienen altas a lo largo de la década. En 1995, la población de escasos ingresos que no llega a completar la primaria es un 12,4 por ciento más que sus pares no pobres. A su vez, la diferencia porcentual entre la población pobre y no pobre que supera la primaria es de 26,4 a favor de los que superan el tercer decil de ingresos. Se concluye, por lo tanto, que respecto de la población no pobre, aquellos con escasos ingresos están sobrerrepresentados en los niveles inferiores de instrucción y subrepresentados en los superiores (Cuadro 4).

La tendencia recién descrita se verifica cualquiera sea la posición en el hogar. Sin embargo, si se centra el análisis en los cambios a lo largo de la década, merece destacarse que son las cónyuges las que más incrementaron sus niveles de instrucción. Entre aquellas de hogares pobres, mientras que en 1985 poco más de un tercio no había completado la primaria, en 1995 la proporción disminuyó a un cuarto.

Considerando los diferenciales en el nivel de instrucción según la posición en el hogar, son los jóvenes (14 a 24 años)¹³ los que a lo largo de la década en estudio siempre poseyeron mayor nivel educativo que los restantes miembros del hogar. Su menor concentración en los niveles inferiores a la primaria completa y en la secundaria incompleta marcan las mayores diferencias con el resto de los miembros de hogares pobres. La leve disminu-

¹³ Se excluye a aquellos adolescentes o jóvenes que son jefes o cónyuges en sus hogares.

ción, a lo largo de la década, del porcentaje que no completó la primaria redundó casi exclusivamente

en un aumento de aquellos que poseen sólo la primaria como máximo nivel de instrucción. A su vez, las brechas con sus pares no pobres se mantuvieron altas a lo largo de toda la década en estudio (Cuadro 4).¹⁴

Cabe finalmente destacar que los cambios en el nivel de instrucción del principal perceptor de ingresos, si bien siguen la pauta general ya analizada, son más moderados. Entre 1985 y 1995 sólo alrededor de un cinco por ciento dejó de tener la primaria incompleta como máximo nivel de instrucción a favor de similar incremento entre los que poseen por lo menos la secundaria incompleta o más (Cuadro 4).

Para analizar los cambios en *el nivel de instrucción del hogar en su conjunto* se construyó una nueva variable. Se consideró como máximo nivel de instrucción del hogar aquel del miembro del hogar con mayor escolarización independientemente de su edad y de su posición en la unidad doméstica. La unidad de análisis para este aspecto es, por lo tanto, el hogar y no sus integrantes. Interesa detenernos particularmente en este aspecto ya que de alguna forma caracteriza y afecta al hogar en su conjunto.

Como es de esperar, el máximo nivel de instrucción de los hogares con escasos ingresos a lo largo de la década en estudio sigue la tendencia observada para la población en su conjunto. En 1995 en el 10,5 por ciento de los hogares ninguno de sus miembros superaba la primaria incompleta, un tercio poseía por lo menos un componente con la primaria completa como máximo nivel; otro tercio se concentraba en la secundaria incompleta y un cuarto poseía por lo menos un miembro con secundaria completa o más. O sea que, al considerar al hogar en su conjunto, como es esperable, hay una mejora en el nivel de instrucción respecto de lo observado para la población, particularmente en las categorías extremas del aspecto en cuestión.

Sin embargo, la situación de pobreza continúa marcando diferencias importantes entre los hogares en este aspecto. En este sentido cabe destacar la fuerte concentración de los hogares que superan el tercer decil de ingresos en los niveles de instrucción superiores; seis de cada diez hogares poseen en 1995 por lo menos un miembro con

¹⁴ Considerando los cambios en la década en la asistencia escolar por grupo de edad cabe destacar que entre la población de hogares de escasos ingresos de 20 a 24 años y particularmente entre la de 14 a 19 años se registró a lo largo de la década una pequeña baja en el porcentaje que asiste a la escuela. En 1985 el 61,1 por ciento de los adolescentes asistía a un establecimiento escolar, mientras que en 1995, eran 51,5 por ciento. Este dato resulta de relieve, ya que como luego se analizará es consistente con el aumento en la tasa de actividad de dicho grupo etéreo. Entre sus pares no pobres, en cambio, no se registran variaciones a lo largo de la década; alrededor del 70 por ciento de los adolescentes no pobres permanecen en el sistema educativo. Se registra en cambio un leve aumento entre los jóvenes (20-24 años) no pobres que reciben educación formal. En 1995 representan al 34,5 por ciento del grupo. La diferencia porcentual con sus pares de escasos ingresos es de 20 puntos.

secundario completo o más; entre los hogares con escasos ingresos la proporción es dos veces y medio menor (Cuadro 4).

Centrando el análisis en los cambios operados a lo largo de la década, se observa que en los hogares de escasos ingresos éstos se produjeron en el sentido de mejorar la situación educativa del hogar. Asimismo, a lo largo de la década hubo una mejora en el nivel de instrucción del conjunto del hogar. La disminución del porcentaje de unidades domésticas con por lo menos un miembro con primaria incompleta como máximo nivel fue de casi 4 por ciento entre 1985 y 1995. En el otro extremo, hubo sólo un incremento del 7,7 por ciento entre aquellos hogares con por lo menos un miembro que completó o superó la secundaria. Sin embargo, los cambios fueron menos intensos que los operados en los hogares que superan el tercer decil de ingresos.

Los datos presentados pueden interpretarse y juzgarse de diversas maneras. Interesa simplemente destacar que hubo una leve mejora en el nivel de instrucción de los hogares pobres en la última década, pero que ésta fue algo inferior a la del resto de los hogares. Entre los pobres, a pesar de la mejora en su educación, el nivel primario es el que mayor porcentaje de población concentra, y una proporción importante continúa aún sin concluirlo o siquiera acceder al mismo. Asimismo, interesa subrayar que, a lo largo de todo el período en estudio, las brechas entre los niveles de instrucción de los hogares pobres y no pobres se mantuvieron altas. El hecho de que en alrededor de la mitad de los hogares con escasos ingresos ninguno de sus miembros tenga niveles de instrucción superiores a la primaria hace que la obtención de los recursos para su mantenimiento sea más dificultosa que para sus pares no pobres. Este aspecto pasa a ser particularmente crítico en el contexto de achicamiento del mercado de trabajo que tuvo lugar en la década. En dicho contexto, la leve mejora en la situación educativa tampoco redundó en mejoras ni en los ingresos percibidos ni en la inserción laboral, como luego se analizará.

Diversos estudios señalan asimismo que, en general, la población pobre accede a los segmentos más deteriorados del sistema educativo, lo cual redundaría en la obtención de credenciales que no implican logros educativos semejantes a los de sus pares no pobres. Dichos trabajos señalan también que el aumento del nivel educativo promedio en las personas más jóvenes no ha mejorado significativamente sus posibilidades ocupacionales, sino que, más bien, por un efecto de devaluación de credenciales, produce un fenómeno de aumento y de saturación de los niveles educativos mayores en las ocupaciones relativamente más valoradas. Este fenómeno golpea con mayor fuerza a los jóvenes pobres, ya que, teniendo mayores niveles educativos que sus progenitores, su inserción ocupacional no refleja una movilidad social ascendente; y en definitiva, los niveles educativos que logran obtener

—más bajos que sus pares no pobres— los hacen competir en el mercado de trabajo en situaciones desventajosas (Gallart, Jacinto y Suárez 1996; Moreno, Suárez y Binstock, 1994; Gallart, Moreno *et al*, 1992).

Participación en el mercado de trabajo

En esta parte del artículo se describen los cambios en la participación en el mercado de trabajo de los miembros de los hogares. El análisis se efectúa analizando primero los cambios en el promedio de inactivos y activos por hogar y luego a través de las tasas de actividad y de desocupación de la población mayor de 13 años. Se considera para ello la influencia de la posición en el hogar y de la situación de pobreza.

A lo largo de la década en estudio, en los hogares con bajos ingresos, se registran algunos cambios en el promedio de inactivos y de activos por hogar. El promedio de inactivos se mantiene casi inalterado en la primera mitad del período en estudio, registrándose una pequeña baja entre 1991 y 1995 (3,1 y 2,8, respectivamente). A su vez, el promedio de activos registró una pequeña alza en los últimos diez años, pero particularmente en la segunda mitad de la década. Entre 1985 y 1991 se mantiene en 1,1, pasando a 1,3 en 1995. Dado que el promedio de ocupados no se alteró a lo largo de la década (es alrededor de uno por hogar), la mayor cantidad de activos se debió principalmente al incremento del promedio de desocupados por hogar pobre. Su valor casi se cuadruplicó en los últimos diez años; llegando a registrarse casi media persona desocupada por hogar pobre en 1995. O sea que, en promedio, uno de cada dos hogares pobres posee un desocupado. También aquí, los cambios son más agudos entre 1991 y 1995. Es de destacar que tampoco el promedio de perceptores de ingresos se alteró en la última década (alrededor de 1,3 por hogar) (Cuadro 5).

Los datos presentados permiten *concluir* que los hogares pobres tendieron a incrementar el número de personas que se insertan en el mercado de trabajo. Sin embargo, dicha situación no se refleja en una modificación en la cantidad de perceptores de ingreso del hogar. El creciente número de desocupados en dichos hogares impide que los cambios en la relación entre inactivos/activos de los hogares redunde en mayores fuentes de ingresos. El proceso no parece verificarse en el conjunto de la década, sino sólo a partir de la segunda mitad de la misma.

El análisis del comportamiento y de los cambios en las tasas de actividad y desocupación permite profundizar lo aquí presentado.

Tasas de actividad

La tasa de actividad de la población con escasos ingresos subió en los diez años que analiza el estudio. Pasó de representar el 41,7 por ciento en 1985 al 50,6 en 1995. Sin embargo, en la primera mitad de la década el valor se mantiene casi inalterado. Los cambios se registraron a partir de 1991.¹⁵ La tasa de actividad de la población que supera el tercer decil de ingresos también registró un aumento, pero éste resultó de menor intensidad y fue progresivo a lo largo de la década. En 1995, la brecha entre las tasas de actividad de la población hasta el tercer decil y superando el tercer decil de ingresos, era de 10 puntos a favor de la población con mayores ingresos; cifra algo menor a la brecha existente en 1985 (Cuadro 6).

El análisis del comportamiento de las *tasas de actividad según la posición en el hogar* indica que el mayor aumento en la población pobre se registra entre las cónyuges y los miembros jóvenes del hogar. Los jefes, en cambio, no modifican su participación en el mercado de trabajo. Entre la población que supera el tercer decil de ingresos, las cónyuges son el único grupo que incrementa su participación en el mercado de trabajo; en 1985 su tasa de actividad era de 34,3 por ciento, y en 1995, 43,6 por ciento. Cabe destacar que en 1985 la tasa de actividad de las cónyuges con ingresos superiores al tercer decil superaba en 20 puntos a la de sus pares con escasos ingresos; en 1995 la diferencia se redujo casi a la mitad (Cuadro 6).

Los datos presentados hasta ahora permiten *concluir* que la población con escasos ingresos tendió en los últimos años a incrementar su participación en el mercado de trabajo, en mayor medida, que la población con mayores ingresos. El aumento en las tasas de actividad de la población en estudio fue progresivo, pero particularmente intenso a partir de 1991. Dado que la participación en el mercado de trabajo de los jefes no se modificó, puede concluirse que en los últimos años

los hogares de bajos ingresos tendieron a insertar en el mercado de trabajo a nuevos miembros. Podría inferirse que trataron de implementar una estrategia consistente en complementar los ingresos ya existentes con otros aportados por trabajadores secundarios.

En la población que supera el tercer decil de ingresos el aumento en la tasa de actividad es menor y tiende a producirse en la primera mitad de la década en estudio.

Tasas de desocupación

El aumento en la tasa de actividad de la población con escasos ingresos fue paralelo a un alza en la tasa de desocupación. Esta, que era del 10,2 por ciento en 1985, triplica su valor en 1995. Aunque también la tasa de desocupación de la población que supera el tercer decil de ingresos registró una importante alza, la magnitud del impacto fue mayor entre la población pobre. La diferencia entre las tasas de desocupación de una y otra población rondaba los ocho puntos en 1985 y, en 1995, la brecha era de casi 20 puntos (Cuadro 6). Los datos indican por lo tanto que la desocupación golpeó con mayor fuerza a la población en hogares con escasos ingresos.¹⁶ Interesa asimismo destacar que entre los ocupados en hogares con escasos ingresos hubo un importante aumento de subocupados visibles.¹⁷ En 1995 constituían casi un tercio de los ocupados, mientras que entre sus pares no pobres constituían poco más de una décima parte de los ocupados (Cuadro 6). Estas cifras sugieren que el problema de la desocupación es aun más agudo de lo que indican las cifras de desocupación abiertas recién presentadas. Hay una significativa cantidad de desocupados ocultos en algún tipo de ocupación. Podría inferirse que seguramente se trate de algún tipo de ocupación informal que permite "sobrevivir" mientras se continúa la búsqueda de un "mejor" empleo.¹⁸

Las *tasas de desocupación según la posición en el hogar* registraron entre 1985 y 1991 un pequeño aumento, salvo en el caso de los jefes, donde se registró una pequeña baja. En la segunda mitad de la década en estudio, en cambio, hubo importantes aumentos en las tasas de desocupación en todos los grupos. Interesa destacar el comportamiento de la tasa de desocupación de los jefes. En 1991 su valor era el más bajo entre los diversos miembros del hogar (4,4%), mientras que las cónyuges, los jóvenes y los adolescentes ya tenían valores superiores al 15 por ciento con importantes diferencias con respecto a sus pares no pobres. En 1995 la tasa de desocupación de los jefes subió al 21,5 por ciento y la diferencia con la de

¹⁶Un breve análisis por sexo y grupo de edad indica que entre la población con escasos ingresos, los adolescentes duplican el valor de su tasa de desocupación en los últimos diez años, alcanzando en 1995 al 54,8 por ciento de la población económicamente activa. Los jóvenes y los adultos triplican el valor de la tasa de desocupación; en 1995 ésta era del 43,6 y 25,9 por ciento respectivamente. El aumento de la tasa de desocupación es un poco más intenso entre las mujeres que entre los varones de escasos ingresos. En 1995 la tasa de desocupación de las mujeres era cuatro veces superior a la de 1985, y la de los varones era casi tres veces mayor. El grupo más afectado son las mujeres adolescentes pobres, en 1985 dos de cada diez de estas mujeres no lograba insertarse en el mercado de trabajo; en 1995 dicha situación afecta a seis de cada diez.

¹⁷La EPH registra como subocupados visibles a aquellos que trabajan menos de 35 horas semanales y desean trabajar más.

¹⁸Interesa destacar que siguiendo las recomendaciones internacionales, la EPH privilegia la ocupación sobre la desocupación. Se considera que una persona está ocupada por el solo hecho de haber estado inserta en el mercado de trabajo por lo menos una hora en la semana (Pok, 1996).

¹⁵Un análisis por sexo y edad del comportamiento de las tasas de actividad permite concluir que son las mujeres las principales responsables del aumento en las tasas de actividad de la población con escasos ingresos y en menor medida los jóvenes y adolescentes de ambos sexos. Entre las mujeres dicha tasa en 1985 era de 21,0 por ciento, y en 1995 había subido 12 puntos. Entre los varones el alza fue sólo de cuatro puntos porcentuales en los años que abarca el estudio. La tasa de actividad de los jóvenes pasa del 50,7% al 67,9% entre 1985 y 1995. En la tasa de actividad de los adolescentes se registra un comportamiento peculiar; entre 1985 y 1991 desciende levemente, y luego vuelve a ascender en la segunda mitad de la década en estudio. En 1995 es el único grupo donde la participación en el mercado de trabajo de aquellos hasta el tercer decil de ingresos es mayor a la de sus pares no pobres.

sus pares no pobres (14,6) tiende a asemejarse a la de los otros miembros del hogar con sus pares no pobres, aunque sigue siendo la más baja entre los pobres (Cuadro 6). A su vez, el porcentaje de subocupados visibles jefes más que duplicó su valor entre 1985 y 1995. Estos pasan de representar del 9,2 por ciento al 23,1 por ciento respectivamente (Cuadro 6). Como señalara Monza, el grado de penuria material y psicológica asociado a la desocupación o subocupación que afecta a los trabajadores primarios (*i.e.*, jefes de hogar), es sin duda mayor que cuando recae sobre mano de obra secundaria (Monza, 1995).

Las cónyuges constituyen el grupo con mayores porcentajes de subocupadas visibles. En 1985, un tercio se encontraba en dicha situación, y en 1995 la mitad trabajaba menos de 35 horas semanales y deseaba aumentar su dedicación (Cuadro 6).

Interesa finalmente destacar que, al igual que las tasas de actividad, las de desocupación aumentan a partir de 1991. En la primera mitad de la década en estudio, si bien comienza a registrarse un alza, ésta es muy tenue. Sólo entre las cónyuges puede afirmarse que el aumento es progresivo desde 1985.

Del análisis conjunto del comportamiento de las tasas de actividad y de desocupación de la población objeto de estudio en los últimos diez años se puede concluir que la tendencia de los hogares pobres a insertar mayor cantidad de miembros en el mercado laboral puede definirse, en cierta medida, como "fallida", ya que los grupos en cuestión presentan fuertes dificultades para encontrar efectivamente empleo. Este proceso es particularmente intenso en la segunda mitad de la década en estudio.

46

Inserción laboral de los miembros del hogar

En esta parte se describirá la inserción laboral del conjunto de los ocupados. Dicho análisis implica describir los cambios operados a lo largo de la década en estudio en la población pobre, y, a su vez, entre esta población y sus pares no pobres.

Se abordarán asimismo los cambios en la inserción laboral según la posición en el hogar.¹⁹ Casi todos los aspectos considerados para dicho análisis se centran exclusivamente en la población ocupada que no supera el tercer decil de ingresos. Interesa analizar si los cambios en la inserción laboral afectan en forma diferencial a los ocupados según su posición en el hogar. Para los jefes y las cónyuges se consideró también el sexo.²⁰

¹⁹El grupo de los jóvenes en este caso comprende también a los adolescentes. El análisis del conjunto de la población es sobre los ocupados mayores de 13 años.

Los aspectos de la inserción laboral considerados son: la categoría laboral, la rama de actividad en la que están insertos, el tamaño del establecimiento, la antigüedad en la ocupación, los beneficios sociales percibidos, el total de horas trabajadas en la semana y las remuneraciones recibidas.

La categoría ocupacional importa en cuanto indica el tipo de relación social que los ocupados establecen en el desempeño de la ocupación. La cantidad de empleados que tiene el establecimiento donde los ocupados desarrollan su trabajo es uno de los indicadores del grado de formalidad del empleo. La antigüedad en la ocupación es un aspecto a través del cual es posible una aproximación a la estabilidad en el empleo. La percepción de beneficios sociales interesa en cuanto es un indicador de la precariedad laboral. Además, para tener una aproximación a la intensidad de la jornada de trabajo se recurre a la cantidad total de horas semanales en la ocupación principal.

Categoría ocupacional

La distribución de los ocupados según categoría ocupacional se mantuvo bastante estable a lo largo de la década en estudio, tanto entre los ocupados con escasos ingresos como entre aquellos que superan el tercer decil. Entre los ocupados pobres las pequeñas modificaciones fueron en la dirección de un aumento de los trabajadores por cuenta propia y paralelamente de una disminución de aquellos asalariados.

47

Es de destacar que, entre los ocupados pobres, la leve tendencia mencionada no fue progresiva; por el contrario, sufrió oscilaciones. Entre 1985 y 1991 la proporción de cuentapropias disminuyó en siete puntos porcentuales (bajó del 23,2% al 18,7% de los ocupados). Entre 1991 y 1995, en cambio, se registró un importante aumento, que llevó a que el porcentaje superara levemente, en 1995, al de 1985. Entre la población asalariada, en cambio, se observó la tendencia contraria a la descrita.

En 1995, el 71,3 por ciento de los ocupados pobres se desempeñaba como asalariado y un cuarto como cuentapropia. Entre los ocupados no pobres, el 73,6 por ciento de los ocupados es asalariado, un quinto es cuentapropia y el 5,1 por ciento es patrón (Cuadro 7).

El incremento de cuentapropista es particularmente importante entre los jefes varones y, en segunda instancia, entre los jóvenes del hogar. En 1995 los primeros representaban a un tercio del conjunto de jefes varones, superando de este modo al porcentaje registrado para el total de ocupados con escasos ingresos.

²⁰La categoría de cónyuge utilizada es casi exclusivamente femenina. Interesaba también considerar la incidencia del sexo en los jóvenes, pero no fue posible debido al reducido tamaño de la muestra.

Las jefas de hogar y las cónyuges cuentapropistas, contrariamente a la tendencia general, pierden peso a lo largo de la década. En 1985, poco más de cuatro de cada diez cónyuges estaban en dicha categoría; una década después eran sólo tres, equiparándose de esta forma a la situación de los jefes varones (Cuadro 7).

Rama de actividad

Tanto entre los ocupados pobres como entre los no pobres no se registraron modificaciones en su distribución por rama de actividad en la primera mitad de la década. En la segunda mitad, en cambio, hubo algunas modificaciones, particularmente entre los ocupados con escasos ingresos.

Entre estos cambios cabe destacar una disminución de ocupados con bajos ingresos insertos en la industria manufacturera. En 1995 eran nueve por ciento menos que en 1991 y habían dejado de constituir el grupo mayoritario. Todas las restantes ramas se incrementaron a partir de dicho cambio, en especial construcciones y servicio doméstico.

Entre los ocupados que superan el tercer decil de ingresos hubo también una disminución de aquellos insertos en la industria, aunque de menor magnitud. Los que dejaron dicho sector engrosaron principalmente los servicios.

48

En 1995, aproximadamente un tercio de la población pobre se desempeñaba en el sector de servicios (excluido el doméstico); alrededor de un quinto estaba en la industria manufacturera. Construcciones y el servicio doméstico concentran al 15 por ciento, respectivamente, y el comercio al 13,8 por ciento. Entre los ocupados no pobres, la mitad está en el sector de servicios (excluido el doméstico), un quinto en la industria manufacturera y el 16,3 por ciento en el comercio. Ninguna de las restantes ramas concentra más del 6 por ciento de los ocupados (Cuadro 7).

En todos los miembros del hogar se verifica una disminución del porcentaje concentrado en la industria manufacturera; sin embargo, también aquí la tendencia es más acentuada entre los jefes varones y entre los jóvenes. En ambos grupos la menor participación en la industria manufacturera fue paralela a leves incrementos en la construcción y los servicios.

Entre las cónyuges y las jefas de hogar las modificaciones son más nuevas que en conjunto de los ocupados. La rama en la que mayormente se concentran desde 1985 es el servicio doméstico; en 1995 el 43 por ciento de las cónyuges y el 35,3 por ciento de las mujeres jefas estaban insertas en dicha rama. Es de destacar, sin embargo, que una década atrás su participación en dichas ramas era similar a la recién mencionada (Cuadro 7).

Tamaño del establecimiento

Durante la última década hubo un progresivo aumento de ocupados insertos en pequeños establecimientos laborales (con hasta 5 empleados). El aumento fue mayor entre los ocupados con escasos ingresos.

En 1985 casi la mitad de los ocupados pobres estaba inserta en pequeños establecimientos; una década después, había un diez por ciento más en dicha situación. En la población no pobre el porcentaje de ocupados insertos en pequeños establecimientos pasó del 43,7 por ciento al 47,7 por ciento entre 1985 y 1995 (Cuadro 7).

En 1995 el 52,4 por ciento de los jefes varones trabaja en establecimientos de hasta 5 empleados. Representan el grupo con menor incidencia en dicha categoría. Sin embargo fueron los que, a lo largo de la década, más incrementaron su participación en pequeños establecimientos. Las cónyuges, que constituyen en 1995 el grupo con mayores porcentajes en establecimientos chicos, tenían, sin embargo, una participación menor a la de 1985 (71,6 y 81,9 respectivamente) (Cuadro 7).

Antigüedad en la ocupación

En líneas generales, tanto entre los ocupados con escasos ingresos como entre aquellos que superan el tercer decil de ingresos se observa, a lo largo de la década en estudio, una tendencia a perder estabilidad en el trabajo. También en este aspecto son los ocupados con escasos ingresos los más afectados.

49

En 1985 el 81,2 por ciento de los ocupados pobres había obtenido su empleo hacía por lo menos un año. En 1995, el porcentaje en dicha situación había disminuido al 59,6 por ciento. El proceso fue paralelo a un fuerte aumento de aquellos con hasta seis meses de antigüedad. Estos, que en 1985 representaban al 13,6 por ciento, en 1995 concentraban a casi un tercio de los ocupados. Esta última cifra está afectada por el ingreso de trabajadores nuevos al mercado de trabajo.

Casi tres cuartos de los ocupados pobres en 1995 habían obtenido su empleo hacía más de un año; el 13,7 por ciento lo había hecho recientemente (en los últimos 6 meses) (Cuadro 7).

Los jefes, tanto varones como mujeres, siguen la pauta general ya descrita respecto de la antigüedad en la ocupación. A pesar del fuerte incremento de ocupados con empleo obtenido en el último año, los jefes, y en especial los varones, constituyen el grupo con mayor antigüedad laboral.

Los jóvenes incrementaron fuertemente su inestabilidad laboral. En 1985 el 30 por ciento de los jóvenes había obtenido su empleo hacía menos de seis meses; en 1995 el porcentaje aumentó al 48,2 por ciento (Cuadro 7).

Beneficios sociales

A lo largo de la década en estudio los trabajadores asalariados fueron progresivamente perdiendo la cobertura social que tenían por el desempeño de su ocupación.

En 1985, el 27 por ciento de los asalariados con escasos ingresos no percibía beneficio social alguno; en 1995 el porcentaje había aumentado al 44,4 por ciento. Entre los asalariados que superan el tercer decil, se observa la misma tendencia, pero la diferencia porcentual entre 1985 y 1995 es menor. En este último año un cuarto de los asalariados no poseía beneficio social alguno.

El aumento de los asalariados sin cobertura en ambas poblaciones (pobres y no pobres) fue paralelo a una progresiva disminución, tanto de los que poseían algunos beneficios como de aquellos que poseían todos los beneficios sociales (Cuadro 7).

Las cónyuges y los jóvenes son los grupos que, desde 1985, presentan mayores porcentajes de asalariados sin cobertura social alguna. En 1995 poco más de seis de cada diez cónyuges y de cada diez jóvenes estaban en dicha situación. Sin embargo, la brecha con la situación registrada en ambos grupos en 1985 es menor que en el caso de los jefes.

En 1995 un tercio de los jefes asalariados no poseía beneficios sociales. Dicho porcentaje era casi un 16 por ciento mayor que el observado en 1985. El proceso afectó particularmente a las jefas. En 1985 un tercio de las mismas carecía de protección social; una década después eran dos tercios los que se encontraban en dicha situación (Cuadro 7).

Intensidad de la jornada laboral ²¹

En 1991 el 5,4 por ciento de los ocupados de escasos ingresos no superaba las 19 horas semanales de trabajo. En 1995 la cifra ascendió al 21,9 por ciento. Dicho ascenso se debe principalmente a una disminución en el porcentaje de ocupados que dedican entre 30 y 40 horas semanales al trabajo, y en menor medida a los que ocupan más de 41 horas. Entre los ocupados que superan el tercer decil la tendencia es parecida, pero se da en forma más atenuada (Cuadro 7).

Las cónyuges y las mujeres jefas de hogar son las que más disminuyen su dedicación al trabajo. El 46,9 por ciento de las cónyuges y un tercio de las jefas trabajaba menos de 20 horas semanales en 1995, mientras que en 1991 representaban el 19,7 y 10,7 por ciento respectivamente

²¹Para este aspecto sólo se utilizaron las ondas de octubre 1991 y 1995. Para 1985 el INDEC aún no construía la variable, y desde la base "usuarios" no fue posible construirlo.

(Cuadro 7). El aumento mencionado se debe muy probablemente a las crecientes dificultades de ambos grupos para lograr inserciones laborales con mayor dedicación horaria, según lo ya analizado del comportamiento de la subocupación visible.

Ingresos

Los ingresos de los ocupados en los tres primeros deciles representan la mitad del de los de los últimos siete deciles. Dicha relación se mantuvo a lo largo de los años en estudio, con una leve tendencia a aumentar en la segunda mitad del período.

En todos los años que abarca el estudio, son los jefes de hogar los que obtienen mayores ingresos. En el otro extremo se encuentran los miembros adolescentes; el promedio de sus ingresos representa aproximadamente una sexta parte de los ingresos totales.

Entre los componentes de hogares que superan el tercer decil, son también los jefes los que perciben mayores ingresos, y los adolescentes los inferiores. Sin embargo, las distancias con respecto a la media en ambos grupos es más pronunciada que entre los ocupados de los tres primeros deciles (Cuadro 8). O sea que el ingreso percibido por los diferentes miembros de los hogares pobres tiene un rango de variación menor que el de sus pares no pobres.

A fin de controlar el efecto de la diversidad de dedicación horaria al trabajo, se utilizó el *ingreso medio horario de la ocupación principal*. Se analizaron los cambios operados en el mismo.

Se observa que al utilizar dicha medida el promedio de los ingresos por posición en el hogar asume otras características que las arriba mencionadas. Los adolescentes continúan siendo el grupo con peores ingresos, pero éstos asumen valores más cercanos a los de la media. El ingreso de los jefes se equipara al de la media y las cónyuges, a partir de 1991, constituyen el grupo que mayores ingresos concentra. En los hogares no pobres, en cambio, el ingreso medio horario no asume características distintas a las ya analizadas; el ingreso de las cónyuges continúa estando por debajo del de los jefes (Cuadro 8).

Inserción laboral según posición en el hogar en 1995

Una lectura de los datos aportados desde la inserción laboral que presenta en 1995 cada uno de los grupos en estudio permite la siguiente descripción: son las cónyuges y los jefes de hogar varones los que más se

insertan como cuentapropias (en cada caso un tercio se encuentra en dicha situación), seguidos de las jefas de hogar (23,6%).

Son también las cónyuges quienes más tienden a insertarse en pequeños establecimientos laborales (siete de cada diez están allí). Siguen luego los jóvenes y las jefas mujeres (65,2% y 63,6%, respectivamente). Los menos concentrados allí son los jefes (52,4%).

La mayor inestabilidad laboral se registra entre los jóvenes. Casi la mitad posee su empleo actual hace menos de seis meses. Siguen luego las cónyuges con un 27,6 por ciento en dicha situación. Los jefes, que concentran al 22,5 por ciento en la categoría en cuestión, son el grupo mejor posicionado.

La desprotección laboral es particularmente alta tanto en los jóvenes como en las cónyuges y en las jefas mujeres. Alrededor de seis de cada diez asalariados en cada uno de estos grupos carecen de beneficios sociales. Los jefes varones, con un 29,2 por ciento sin beneficios, son el grupo menos afectado.

La menor dedicación horaria al trabajo se registra entre las cónyuges, con un 46,9 por ciento que trabaja menos de 20 horas semanales. En el extremo opuesto están nuevamente los jefes varones, con un 13,4 por ciento en dicha categoría.

La descripción efectuada permite *concluir* que en 1995 las cónyuges y las mujeres jefas de hogar aparecen como los grupos más vulnerables en lo concerniente a su inserción laboral. Concentran asimismo, en cada caso, a más de un tercio en el servicio doméstico. Los jóvenes son también grupos con inserciones laborales muy precarias e informales.

Lo analizado en este apartado permite resaltar las siguientes *conclusiones*. La inserción laboral del conjunto de los ocupados tiende a precarizarse e informalizarse. El incremento de trabajadores por cuenta propia, de aquellos insertos en pequeños establecimientos, de asalariados sin beneficio social alguno y la creciente inestabilidad laboral dan cuenta de dicho proceso. Asimismo, la menor dedicación horaria al trabajo y la disminución de trabajadores en la industria manufacturera acompañan el proceso mencionado.

La situación de pobreza, sin embargo, introduce diferencias importantes. El proceso hacia la precarización e informalización del empleo es más agudo entre los trabajadores con escasos ingresos. Ya en 1985 los trabajadores con escasos ingresos tenían una inserción laboral más precaria e informal que la de sus pares no pobres. A lo largo de la década, la desventajosa situación se profundiza. Asimismo, la creciente brecha entre los ingresos de

los ocupados pobres con respecto al de los no pobres, refuerza el deterioro general de la inserción laboral de los ocupados pobres en los últimos años.

En general, los cambios fueron progresivos a lo largo de la década, o sea que en 1995 se agudiza la tendencia ya visualizada en la mitad del período en cuestión. La rama de actividad constituye una excepción, ya que recién entre 1991 y 1995 se observan los cambios analizados.

Los jefes de hogar varones en todos los años que abarca el estudio presentan una inserción laboral "mejor" que la de los restantes componentes ocupados del hogar. Sin embargo, cabe destacar que son el grupo más afectado por los cambios. O sea que, en los últimos diez años, son los que más precarizan e informalizan su inserción laboral. Se cree que se trata de un aspecto muy relevante, ya que un elevado porcentaje de hogares posee al jefe de hogar como único receptor de ingresos, y en muchos otros éste es el principal receptor de ingresos. Por lo tanto, dada la importancia de los jefes de hogar en la estructura económica de los mismos, la acelerada tendencia a precarizar e informalizar su inserción laboral torna aun más crítica la vulnerabilidad general de los hogares con escasos ingresos.

Cabe destacar las características que asume el ingreso medio horario ocupacional de las cónyuges según la situación de pobreza. Para los hogares con bajos ingresos el trabajo de las cónyuges adquiere particular relevancia. Estas poseen inserciones laborales muy precarias, especialmente respecto de la de los jefes de hogar. Poseen además mayores dificultades para incrementar su dedicación al trabajo. Sin embargo, tal como lo demuestra la importancia de sus ingresos promedio horario, su trabajo es relevante para el hogar. En otras palabras: las pocas horas promedio que las cónyuges consiguen trabajar, redundan en un gran beneficio económico para el hogar.

Fuentes de ingreso

Interesa finalmente complementar lo presentado a lo largo de este artículo con un breve análisis de los cambios en las fuentes de ingreso de los miembros de los hogares a lo largo de la década en estudio.

La proporción de jefes de hogar sin ingreso monetario alguno aumentó entre 1985 y 1995 (pasaron de representar al 8,7% de los jefes al 15,4% respectivamente). El incremento tuvo lugar en la segunda mitad de la década. Esta situación es en gran parte reflejo de la creciente desocupación en el grupo. Si bien los jefes de hogar sin ingreso que superan el tercer decil también aumentaron, la incidencia de este grupo en el conjunto es menor y las modificaciones fueron mucho menores. Representaban al 1,6 por ciento de los jefes en 1985, y al 3,1 por ciento en 1995.

Paralelamente, las cónyuges sin ingreso alguno de los hogares más pobres fueron disminuyendo progresivamente a lo largo de los últimos años. Pasaron de representar a poco más de ocho de cada diez cónyuges en 1985, a siete de cada diez en 1995. Estas, a su vez, aumentan su participación entre las que poseen ingresos ocupacionales. Pasan del 12,7 por ciento en 1985 al 18,2 por ciento diez años después (Cuadro 9). Las cifras presentadas confirman lo ya analizado respecto de la mayor tendencia a insertarse en el mercado de trabajo del grupo en cuestión.

Un cuarto de los principales perceptores de ingreso de los hogares pobres percibe sus ingresos sólo de su jubilación o pensión. La proporción no varió a lo largo de la década en estudio, y es levemente mayor a la de sus pares no pobres, entre los cuales se registra además un tendencia a bajar la incidencia en dicha situación.

Conclusión

En la década en estudio se profundizan algunas tendencias económicas iniciadas al promediar los años 1970. Algunas de éstas, como el deterioro en la distribución del ingreso, la caída en las remuneraciones y el achicamiento del mercado de trabajo, guardan una estrecha relación con la creciente vulnerabilidad y exclusión social de vastos sectores. Aquellos hogares peor posicionados en la escala de distribución del ingreso fueron particularmente afectados por este proceso de exclusión.

En los últimos diez años la estructura de los hogares, tanto la de aquellos con bajos ingresos como la de los que superan el tercer decil de ingresos, permaneció casi inalterada. El promedio de personas por unidad doméstica entre los hogares pobres fue siempre mayor al de sus pares no pobres, debido especialmente a la mayor presencia de niños. En los hogares de escasos ingresos los únicos cambios en su estructura van en la dirección de una mayor presencia femenina en la jefatura del hogar y entre aquellas mujeres que son el principal sostén del mismo.

El nivel de instrucción, tanto de la población pobre como de la no pobre, sufrió pequeñas variaciones a lo largo de la década en estudio. Dichas variaciones consistieron en el aumento del nivel de instrucción general de la población. Sin embargo, la primaria continúa siendo el máximo nivel de instrucción al que accede la población con escasos ingresos, y persiste una importante proporción que aún no la concluye. La situación de pobreza marca importantes diferencias en el nivel de instrucción. A lo largo del período en estudio, las brechas entre el nivel de instrucción alcanzado entre la población pobre y aquella no pobre se mantuvieron altas. El pequeño incremento

en los niveles de instrucción de la población pobre, verificado especialmente entre los jóvenes y cónyuges del hogar, no redundó sin embargo en mejoras en su inserción laboral; por el contrario, en ambos grupos el deterioro en dicho aspecto fue particularmente intenso en la década en estudio.

Los cambios más importantes en el interior de los hogares con escaso ingresos y su creciente vulnerabilidad y exclusión se registran particularmente en su vinculación con el mercado de trabajo, en su inserción laboral y en los ingresos percibidos.

Sólo entre la población de hogares con escasos ingresos se registra un aumento en la tasa de actividad. Son principalmente las mujeres (especialmente las cónyuges) y en segunda instancia los jóvenes los responsables de dicho aumento. Las tasas de actividad de los jefes, en cambio, se mantienen invariadas. O sea que puede deducirse que dichos hogares han recurrido a la incorporación de "trabajadores secundarios" al mercado de trabajo para aumentar los ingresos. Sin embargo esta tendencia de los hogares pobres a insertar mayor cantidad de miembros en el mercado laboral puede definirse, en cierta medida, como "fallida", ya que los grupos en cuestión presentan fuertes dificultades para encontrar efectivamente empleo.

El aumento en la desocupación afecta al conjunto de la población, pero es particularmente agudo entre los más pobres. De hecho, el creciente número de desocupados en hogares de bajos ingresos impide que los cambios en la relación entre inactivos/activos redunde en mayores fuentes de ingresos para el hogar. El creciente número de miembros que estos hogares insertan en el mercado de trabajo no se refleja en una modificación en la cantidad de perceptores de ingreso. El aumento tanto de las tasas de actividad como de la de desocupación es particularmente intenso en la segunda mitad de la década.

Entre 1985 y 1995 hubo asimismo una tendencia a la precarización e informalización del empleo que afectó al conjunto de los ocupados. Sin embargo, el proceso afecta principalmente a los ocupados con escasos ingresos. Respecto de los ocupados que superan el tercer decil de ingresos, se profundiza, por lo tanto, la mayor tendencia del grupo objeto de estudio al cuenta-propismo, a la inserción en pequeños establecimientos, a la inestabilidad laboral y a la carencia de beneficios sociales. Se profundiza asimismo su menor dedicación horario al trabajo, fruto en gran medida del subempleo. Se incrementa también la brecha entre las inserciones en la construcción y el servicio doméstico de los ocupados según su situación de ingresos. Es de destacar finalmente que también se agranda la brecha entre los ingresos.

Durante los diez años que abarca el estudio, las cónyuges fueron siempre las más vulnerables en lo concerniente a su inserción laboral. Las muje-

res jefas de hogar, y en menor medida los jóvenes, son también grupos con inserciones laborales muy precarias e informales. Los jefes de hogar varones a lo largo del período en estudio presentaron siempre una inserción laboral "mejor" que la de los restantes componentes ocupados del hogar. Sin embargo son el grupo más afectado por los cambios. O sea que en los últimos diez años son los que más precarizan e informalizan su inserción laboral. Se cree que se trata de un aspecto muy relevante, ya que un elevado porcentaje de hogares posee al jefe de hogar como único receptor de ingresos, y en muchos otros éste es el principal receptor de ingresos. Por lo tanto, dada la importancia de los jefes de hogar en la estructura económica de los mismos, la acelerada tendencia a precarizar e informalizar su inserción laboral torna aun más crítica la vulnerabilidad general de los hogares con escasos ingresos.

El análisis del ingreso medio horario por posición en el hogar permitió detectar la importancia económica que reviste el trabajo de las cónyuges para los hogares con escasos ingresos. Estas poseen inserciones laborales muy precarias, especialmente si se las compara con la de los jefes de hogar. Poseen además mayores dificultades para incrementar su dedicación al trabajo. Sin embargo, el ingreso medio horario que tienen supera al de los jefes de hogar. Se puede concluir, por lo tanto, que las pocas horas promedio que las cónyuges consiguen trabajar redundan en un gran beneficio económico para el hogar.

En la mayoría de los aspectos considerados en este estudio, los hogares con escasos ingresos sufrieron importantes modificaciones entre 1985 y 1995. Tales cambios fueron en el sentido de empeorar su situación. Los hogares no pobres también sufrieron modificaciones que, en la mayoría de los aspectos en cuestión, los posicionaron peor en 1995 respecto de 1985. Sin embargo, los cambios fueron mucho más tenues que entre sus pares pobres. Se verifica así un creciente distanciamiento entre los hogares por arriba y por debajo del tercer decil de ingresos. La creciente vulnerabilidad de los hogares pobres hace necesaria la implementación de adecuadas políticas sociales que ayuden a paliar su crítica situación. Pero sobre todo es necesario un cambio en las medidas económicas. Si éstas no se encaminan a buscar crecimiento con equidad, los próximos años se tornarán aun más críticos para aquellos excluidos por el sistema.

56

Cuadro 1

Indicadores de evolución y de inequidad en la distribución de los ingresos per cápita familiar. GBA 1985 a 1996

	Distribución del Ingreso. Deciles			Total	Promedio de ingresos de los dec 8 a 10/Prom. ingresos dec. 1 a 3 (*)	Coeficiente De Gini
	1 a 3	4 a 7	8 a 10			
1985	10,4	29,8	59,8	100	5,7	
1987	9,2 (a)			100		0,43 (b)
1989	7,3 (a)			100		0,50(c)
1991	8,9	26,5	64,6	100	7,2	0,45 (c)
1993	8,8	28,2	63,1	100	7,2	0,45 (c)
1995	8,0	26,2	65,8	100	8,2	0,47 (c)
1996	7,8	26,3	65,9	100	8,4	

(*) Se excluyeron los hogares sin ingreso

Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos de la Encuesta Permanente de Hogares. Ondas octubre 1985, 1991, 1993, 1995 y 1996.

(a) Beccaria, L. A. (1993), "Estancamiento y distribución del ingreso", en A. Minujín (editor), *Desigualdad y exclusión. Desafíos para la política social en la Argentina de fin de siglo*, Buenos Aires, UNICEF/Losada, pág.141.

(b) Minujín A., y López, N. (1993), *Sobre pobres y vulnerables: el caso argentino*, Buenos Aires, UNICEF, Documento de Trabajo n°18, pág..7.

(c) Montoya, S. y Mitnik, O. (1996), "La pobreza demanda una solución estructural", en *Novedades Económicas*, Córdoba, IEERAL, págs. 11-20.

57

Cuadro 2

Evolución del porcentaje de hogares bajo la Línea de Pobreza. Porcentaje de hogares bajo la LP pertenecientes al tercer decil de ingresos de la distribución del ingreso per cápita familiar. GBA 1985-1996 (*)

Año	LP	Hogares en los deciles 1 a 3 bajo la LP (%)
1985	13,1	42,8
1987	15,0	
1989	38,3	
1991	16,3	53,6
1993	13,1	
1995	18,2	58,5
1996	20,1	63,8

(*) Se tomaron las ondas de la EPH correspondientes al mes de octubre de cada año.

Fuente: Elaboración propia sobre la base de la EPH, ondas octubre 1985, 1991, 1993, 1995 y 1996 y Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos, *Informe Económico*, Segundo trimestre de 1995, octubre de 1995; Año 4, número 14.

Cuadro 3

Promedio de personas por hogar por grupo de edad, según situación de pobreza.
Relación de dependencia. Distribución porcentual de los miembros del hogar por sexo, y del principal perceptor por sexo y posición en el hogar según situación de pobreza.
GBA 1985, 1991 y 1995

	Deciles			Dif. 85-95	Resto	Dif. 85-95		
	85	1-3 91	95					
Promedio por hogar								
Población								
Personas	4,1	4,2	4,1	0,0	3,0	2,9	3,0	0,0
Pobl. menor de 14 años	1,5	1,6	1,5	0,0	0,6	0,5	0,5	0,1
Pobl. entre 14-24 años	0,6	0,7	0,7	-0,1	0,4	0,5	0,5	-0,1
Pobl. entre 25 y más	2,0	2,0	1,9	0,1	1,9	1,8	1,9	0,0
Relación de dependencia								
Menores de 14 años(*) por adulto	1,0	1,0	1,0	0,0	0,3	0,4	0,3	0,0
Entre 14-24 años por adulto	0,4	0,4	0,5	-0,1	0,3	0,3	0,4	-0,1
Mayores de 64 años por adulto	0,2	0,1	0,1	0,1	0,2	0,1	0,1	0,1
Sexo del jefe								
Varón	85,0	85,9	77,9	7,1	76,2	72,4	74,3	1,9
Mujer	15,0	14,1	22,1	-7,1	23,8	27,6	25,7	-1,9
Total	708.869	742.138	949.084		1.618.099	1.696.360	2.104.494	
	100,0	100,0	100,0		100,0	100,0	100,0	
Sexo del principal perceptor								
Varón	79,8	81,5	68,1	11,7	68,4	64,0	67,2	1,2
Mujer	20,2	18,5	31,9	-11,7	31,6	36,0	32,8	-1,2
Total	724.542	754.163	955.514		1.742.152	1.799.684	2.210.714	
	100,0	100,0	100,0		100,0	100,0	100,0	
Relación de parentesco del principal perceptor								
Jefes	83,0	83,6	75,5	7,5	75,2	77,3	76,3	-1,1
Cónyuges	4,8	6,5	11,7	-6,8	9,2	9,2	8,8	0,3
Jóvenes (20-24 años**)	2,3	2,3	3,4	-1,1	3,3	3,3	4,9	-1,5
Adolescentes (14-19 años**)	2,2	2,1	1,8	0,4	1,2	1,2	0,7	0,4
Restantes	7,7	5,4	7,7	0,0	11,3	9,0	9,4	1,9
Total	724.542	754.163	955.514		1.742.152	1.799.684	2.210.714	
	100,0	100,0	100,0		100,0	100,0	100,0	

(*) Se considera adultos a las personas entre 25 y 64 años. (**) Se excluye a los que son jefes o cónyuges en el hogar.
Fuente para los cuadros 3 a 9. Tabulados propios en base a la EPH ondas octubre 1985, 1991 y 1995. Aglomerado del Gran Buenos Aires.

58

Cuadro 4

Distribución porcentual de los miembros de hogar de 14 años y más por máximo nivel de instrucción y posición en el hogar según situación de pobreza.
Principal perceptor por nivel de instrucción según situación de pobreza. Hogares según máximo nivel de instrucción de sus componentes según situación de pobreza. GBA, 1985, 1991 y 1995

		Deciles			Dif % 85-95	Resto			Dif % 85-95
		85	1-3 91	95		85	91	95	
Jefes	Sin instruc. y Prim. incom.	33,8	25,0	27,6	6,1	20,0	15,6	12,3	7,7
	Prim. completa	44,5	48,9	45,5	-1,0	32,7	32,4	30,8	1,9
	Sec. incompleto	13,3	14,6	15,4	-2,1	15,4	15,5	16,6	-1,3
	Sec. completo y más	8,4	11,5	11,4	-3,0	32,0	36,6	40,3	-8,3
	Total	706.007	739.184	949.084		1.607.592	1.691.389	2.104.494	
		100	100	100		100	100	100	
Cónyuges	Sin instruc. y Prim. incom.	36,7	24,8	25,2	11,5	15,5	13,0	10,0	5,6
	Prim. completa	44,3	50,9	45,4	-1,1	39,3	33,5	32,5	6,7
	Sec. incompleto	11,2	14,3	16,3	-5,1	12,1	11,6	13,0	-0,9
	Sec. completo y más	7,8	10,0	13,1	-5,4	33,1	41,9	44,5	-11,4
	Total	582.429	619.274	711.169		1.090.332	1.073.794	1.333.454	
		100	100	100		100	100	100	
14-24 años (*)	Sin instruc. y Prim. incom.	14,9	10,5	8,6	6,3	3,7	5,2	2,3	1,5
	Prim. completa	23,6	24,4	29,2	-5,6	15,3	11,1	11,5	3,8
	Sec. incompleto	48,7	56,4	50,7	-1,9	52,8	55,4	49,4	3,4
	Sec. completo y más	12,9	8,8	11,9	1,3	28,1	28,3	36,7	-8,7
	Total	357.171	439.753	620.419		638.686	714.847	1.090.322	
		100	100	100		100	100	100	
Principal Perceptor	Sin instruc. y Prim. incom.	30,5	22,6	25,1	5,4	15,7	12,9	10,2	5,5
	Prim. completa	44,8	49,8	45,4	-0,6	30,8	29,3	26,6	4,1
	Sec. incompleto	14,9	15,6	17,5	-2,6	17,3	16,5	16,2	1,0
	Sec. completo y más	9,8	12,0	12,0	-2,3	36,3	41,4	47,0	-10,7
	Total	720.430	753.190	955.514		1.728.860	1.796.192	2.210.714	
		100	100	100		100	100	100	
Total	Sin instruc. y Prim. incom.	31,5	22,2	21,8	9,7	16,0	12,9	9,4	6,6
Miembros del Hogar	Prim. completa	40,0	43,2	41,1	-1,1	32,0	28,6	27,0	5,0
	Sec. incompleto	19,4	23,6	24,6	-5,2	20,8	21,5	22,5	-1,7
Mayores de 13 años	Sec. completo y más	9,1	11,0	12,6	-3,5	31,2	36,9	41,1	-9,9
	Total	1.820.022	1.966.502	2.507.923		3.851.096	3.929.921	5.186.740	
		100	100	100		100	100	100	
Hogares	Sin instruc. y Prim. incom.	14,3	10,0	10,5	3,8	9,3	7,6	6,2	3,1
Máximo	Prim. completa	38,5	35,5	33,2	5,3	21,7	20,8	16,0	5,7
Nivel de Instrucción	Sec. incompleto	30,3	32,0	31,6	-1,3	21,2	17,4	17,6	3,6
	Sec. completo y más	17,0	22,6	24,7	-7,7	47,8	54,1	60,2	-12,4
	Total	708.869	740.157	949.084		1.614.382	1.693.975	2.104.494	
		100	100	100		100	100	100	

(*) Se excluye a aquellos adolescentes y jóvenes que son jefes o cónyuges

59

Cuadro 5

Hogares, promedio de inactivos, activos, ocupados, desocupados, subocupados, perceptores de ingreso, personas por activo y por perceptor de ingreso, según situación de pobreza, GBA 1985, 1991 y 1995

	85	Deciles			Resto			Dif. 85-95
		1-3	4-5	6-10	85	91	95	
Promedio Por Hogar								
Inactivos	3,0	3,1	2,8	0,2	1,7	1,5	1,5	0,2
Activos	1,1	1,1	1,3	-0,2	1,3	1,3	1,5	-0,2
Ocupados	1,0	1,0	0,9	0,1	1,3	1,3	1,3	0,0
Desocupados	0,1	0,1	0,4	-0,3	0,0	0,0	0,2	-0,2
Subocupados	0,1	0,1	0,4	-0,3	0,1	0,1	0,3	-0,2
Perceptores de ingreso	1,3	1,4	1,3	0,0	1,7	1,7	1,7	0,0
Personas por activo	3,7	3,7	3,3	0,4	2,3	2,2	2,0	0,3
Personas por perceptor de ingreso	3,3	3,4	3,3	0,0	1,9	1,8	1,8	0,1

Cuadro 6

Tasas de actividad y de desocupación de la población, y porcentaje de subocupados visibles de 14 años y más según posición en el hogar y situación de pobreza, GBA años 1985, 1991 y 1995

	Tasas De Actividad										Tasas De Desocupación										% De Subocupados Visibles												
	1-3			Resto			85			91			95			1-3			Resto			85			91			95			Dif. % 85-95		
	85	91	95	85	91	95	85	91	95	85	91	95	85	91	95	85	91	95	85	91	95	85	91	95	85	91	95	85-95	91-95	85-95			
Posición en el Hogar																																	
Jefes	66,5	69,4	69,1	68,2	70,3	71,9	71,9	77,7	77,7	77,7	4,4	21,5	-13,8	1,5	1,9	6,9	-5,4	9,2	-5,4	9,2	5,6	23,1	-13,9	4,4	5,0	8,8	4,4	5,0	8,8	-4,4			
Cónyuges	14,2	17,3	31,1	34,3	41,5	43,6	6,2	15,6	20,1	20,1	15,6	34,9	-28,7	2,0	0,7	13,9	-11,9	31,4	-11,9	31,4	25,1	49,3	-17,9	8,9	14,5	20,9	-12,0	8,9	14,5	20,9	-12,0		
20-24 años(*)	61,9	61,6	74,1	73,6	79,7	79,7	15,5	20,1	20,1	15,5	20,1	46,8	-31,3	5,2	5,0	18,6	-13,4	15,7	-13,4	15,7	12,3	28,2	-12,5	8,2	6,8	12,4	-4,2	8,2	6,8	12,4	-4,2		
14-19 años(*)	30,5	25,5	31,4	24,8	28,5	30,1	23,0	27,2	27,2	23,0	56,7	-33,7	15,6	12,5	34,1	-18,5	10,0	11,2	-18,5	10,0	12,1	25,9	-15,9	14,2	11,4	13,4	0,8	14,2	11,4	13,4	0,8		
Restantes	40,1	39,7	57,1	60,5	61,3	72,5	12,1	24,1	24,1	12,1	34,1	-22,0	1,6	3,6	12,0	-10,4	11,2	-10,4	11,2	3,8	32,7	-21,5	4,9	5,2	12,1	-7,2	4,9	5,2	12,1	-7,2			
Principal																																	
Perceptor	72,7	75,1	72,1	76,2	76,8	79,4	3,7	1,9	10,1	10,1	-6,4	1,0	1,0	3,6	2,8	12,0	-9,4	12,6	-9,4	12,6	8,8	28,9	-16,3	6,1	7,4	12,0	-5,9	6,1	7,4	12,0	-5,9		
Total	41,7	42,6	50,6	53,8	57,3	60,6	10,2	11,0	31,5	31,5	-21,3	2,6	2,8	2,8	2,8	12,0	-9,4	12,6	-9,4	12,6	8,8	28,9	-16,3	6,1	7,4	12,0	-5,9	6,1	7,4	12,0	-5,9		

Cuadro 7

Distribución porcentual de la población ocupada

por categoría ocupacional, rama de actividad, tamaño del establecimiento, beneficios sociales y horas trabajadas en la semana, según posición en el hogar y situación de pobreza, GBA años 1985, 1991 y 1995	Población Total																					
	Jefes					Cónyuges					Jóvenes (*)											
	Varones			Mujeres			Varones			Mujeres			Varones			Mujeres						
	Deciles		Deciles		Deciles		Deciles		Deciles		Deciles		Deciles		Deciles		Deciles		Resido			
	1-3	95	85	91	85	91	85	91	85	91	85	91	85	91	85	91	85	91	85	91	95	
Categoría Ocupacional	85	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	
Patrón	1,3	1,6	1,1	2,1	1,4	-	0,9	1,7	0,4	0,7	1,1	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	4,7	5,1
Cta. Propia	22,6	17,1	30,9	32,3	23,6	43,9	37,1	31,2	31,2	10,9	11,3	15,2	23,2	18,7	26,6	22,5	21,1	20,2	21,1	20,2	21,1	20,2
Asalariado	75,8	81,3	67,9	67,7	74,9	55,3	57,4	64,4	64,4	88,1	88,0	82,9	75,7	79,2	71,3	71,7	73,5	73,6	73,5	73,6	73,5	73,6
Trabajo fliar.	0,3	-	0,2	4,8	1,6	0,8	4,6	2,7	1,0	0,7	1,6	0,4	1,0	1,0	1,1	0,8	0,8	1,1	0,8	0,8	1,1	1,1
Total	434.476	471.203	582.276	43.548	69.867	82.706	107.514	217.104	129.779	135.586	232.437	75.655	824.406	1.231.506	2.073.884	2.249.793	3.099.135					
Rama de Actividad	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100
Ind. Manuf.	31,9	35,0	25,5	22,2	19,8	23,4	20,7	19,0	27,9	34,6	21,8	29,7	31,6	22,6	24,5	23,5	20,4	20,4	23,5	20,4	20,4	20,4
Construcciones	17,9	14,7	22,3	-	1,6	0,8	1,8	2,5	11,7	15,2	15,1	13,6	12,1	15,1	4,8	6,3	5,7	5,7	4,8	6,3	5,7	5,7
Comercio	12,4	13,7	11,9	9,0	9,6	11,4	14,3	12,8	12,2	22,7	17,4	20,5	14,5	13,7	13,8	14,3	16,3	16,3	14,3	16,3	16,3	16,3
Servicios	33,9	34,1	36,8	31,2	31,4	30,6	14,7	24,7	23,4	22,9	22,7	28,2	30,0	31,2	31,9	47,2	47,8	50,7	47,8	50,7	47,8	50,7
Socio. doméstico	3,5	1,0	2,6	37,6	35,3	46,9	39,1	43,0	14,8	10,1	13,7	12,1	10,2	15,9	6,5	6,7	5,7	5,7	6,5	6,7	5,7	5,7
Otras	0,3	1,5	0,8	-	1,3	-	0,9	-	-	-	0,8	0,2	1,1	0,7	0,7	1,5	1,2	1,2	0,7	1,5	1,2	1,2
Total	433.056	469.205	581.781	36.513	43.548	69.867	82.706	107.514	129.158	135.780	232.437	749.594	822.602	1.229.544	2.053.451	2.241.319	3.096.093					
Tamaño del Establecimiento	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100
Hasta 5	40,3	45,9	52,4	69,8	63,6	81,9	79,4	71,6	57,3	63,4	65,2	49,8	55,5	59,4	43,7	48,3	47,7	47,7	43,7	48,3	47,7	47,7
6 o más	59,7	54,1	47,6	30,2	36,4	18,1	20,6	28,4	42,7	36,6	34,8	50,2	44,5	40,6	56,3	51,7	54,3	54,3	56,3	51,7	54,3	54,3
Total	404.551	379.747	550.306	34.481	39.532	66.743	76.954	213.203	120.879	113.156	220.054	699.738	686.246	1.170.052	1.950.489	2.025.518	2.963.536					

Cuadro 7 (continuación)

Distribución porcentual de la población ocupada

por categoría ocupacional, rama de actividad, tamaño del establecimiento, beneficios sociales y horas trabajadas en la semana, según posición en el hogar y situación de pobreza, GBA años 1985, 1991 y 1995	Población Total																					
	Jefes					Cónyuges					Jóvenes (*)											
	Varones			Mujeres			Varones			Mujeres			Varones			Mujeres						
	Deciles		Deciles		Deciles		Deciles		Deciles		Deciles		Deciles		Deciles		Deciles		Resido			
	1-3	95	85	91	85	91	85	91	85	91	85	91	85	91	85	91	85	91	85	91	95	
Antigüedad en la ocup.	85	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	
Hasta 6 meses	8,4	13,0	22,6	5,5	26,5	21,4	19,8	22,3	27,6	30,0	50,5	48,2	13,6	21,9	27,4	6,5	14,4	13,7	6,5	14,4	13,7	
6 m. a 1 año	4,4	10,5	11,0	5,6	18,0	15,9	5,2	15,9	13,9	9,7	14,6	18,8	5,3	12,6	13,0	4,4	10,0	11,4	4,4	10,0	11,4	
1 a. a 5 años	40,9	29,9	30,9	51,4	27,5	26,9	57,8	39,5	33,2	56,0	30,4	29,2	46,3	30,4	31,4	40,5	29,8	36,2	40,5	29,8	36,2	
Más de 5 años	46,2	46,6	35,5	37,5	28,0	32,7	17,2	22,4	25,4	4,3	4,5	3,8	34,9	35,2	28,2	48,6	45,8	38,7	48,6	45,8	38,7	
Total	397.290	447.689	480.886	34.378	39.608	50.201	74.348	88.614	143.949	107.903	113.384	125.082	675.620	739.664	865.179	1.997.192	2.182.826	2.765.473				
Beneficios Sociales	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	
Sin beneficios	15,3	24,8	29,2	31,4	63,5	59,8	53,6	53,1	63,6	57,5	76,3	63,5	27,0	39,2	44,4	12,8	22,5	25,3	12,8	22,5	25,3	
Algunos benef.	11,0	7,6	6,8	26,7	14,5	13,0	26,2	21,4	13,0	11,6	7,3	14,0	13,7	8,9	8,9	16,1	12,1	9,7	16,1	12,1	9,7	
Todos los benef.	73,8	67,6	64,0	39,9	22,0	27,3	20,2	25,5	23,3	30,9	16,3	22,4	59,3	51,9	46,7	71,1	65,4	65,0	71,1	65,4	65,0	
Total	309.380	369.812	316.675	23.229	27.587	35.464	41.871	50.918	87.881	93.259	101.376	99.916	517.220	591.570	603.284	1.426.224	1.606.613	2.028.244				
Horas Totales Trabajadas	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	
Hasta 19 horas	2,1	13,4	10,7	10,7	32,3	32,3	19,7	46,9	46,9	5,7	15,5	5,4	21,9	5,4	21,9	4,2	7,2	7,2	4,2	7,2	7,2	
Entre 20 y 29	2,4	4,2	18,2	20,2	20,2	25,3	17,1	25,3	17,1	10,0	18,4	7,2	9,5	7,2	9,5	8,6	8,4	8,4	8,6	8,4	8,4	
Entre 30 y 40	27,9	20,6	36,8	20,3	36,8	20,3	28,9	13,1	13,1	33,6	18,2	30,8	19,7	30,8	19,7	33,1	27,5	27,5	33,1	27,5	27,5	
41 y más	67,7	61,8	43,3	34,3	27,3	26,1	22,9	26,1	22,9	50,7	48,0	56,7	48,9	56,7	48,9	54,1	56,8	56,8	54,1	56,8	56,8	
Total	432.819	450.024	38.664	47.229	38.664	47.229	80.923	141.140	109.186	123.272	718.650	840.347	2.135.416	2.663.914	2.135.416	2.663.914						

(*) Se excluye a aquellos que son jefes o cónyuges en sus hogares.

Cuadro 8

Promedio del ingreso total y del ingreso medio horario de la ocupación principal de los ocupados por posición en el hogar y situación de pobreza, GBA años 1985, 1991 y 1995, Base 100 en el promedio del ingreso total de cada año

	Deciles					
	1 - 3			Resto		
Miembros del Hogar (**)	1985	1991	1995	1985	1991	1995
Ingresos Totales (*)						
Jefes	115,0	113,3	116,7	125,9	128,3	131,2
Cónyuges	60,9	73,3	70,9	47,3	76,8	79,7
Jóvenes	76,7	73,0	82,2	61,3	58,2	61,5
Adolescentes	65,4	68,1	61,5	50,0	51,9	41,3
Restantes	92,1	87,8	87,2	85,3	81,2	77,5
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Ingreso Medio Horario						
Jefes	108,5	103,4	102,8	112,9	115,6	118,9
Cónyuges	85,5	112,9	111,9	102,6	99,4	101,7
Jóvenes	86,2	92,6	74,1	64,7	61,4	64,3
Adolescentes	74,9	73,7	63,6	72,8	57,1	45,7
Restantes	95,7	88,5	106,9	80,2	79,3	76,8
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

(*) Se seleccionó sólo a los que poseen ingresos exclusivamente de fuentes ocupacionales

(**) Entre los jóvenes y adolescentes se excluye a aquellos que son jefes o cónyuges en el hogar.

64

Cuadro 9

Distribución porcentual de las personas

por fuente de ingresos según posición en el hogar y situación de pobreza, GBA años 1985, 1991 y 1995

	Deciles					
	1 - 3			Resto		
	85	91	95	85	91	95
Jefes						
Sin Ingresos	8,7	7,5	15,4	1,6	1,4	3,1
Sólo jubilación y pensión	27,5	23,9	24,5	28,2	25,9	22,8
Sólo ocupacional	58,2	63,2	51,5	56,2	58,5	56,1
Ocupacional y otra fuente	3,0	2,2	2,4	6,1	5,9	5,9
Otras fuentes	2,6	3,2	6,2	7,9	8,3	12,5
Total	708.869	742.138	949.084	1.095.239	1.696.360	2.104.494
	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Cónyuges						
Sin Ingresos	85,6	83,3	73,6	56,6	47,2	53,3
Sólo jubilación y pensión	1,8	2,9	6,0	10,0	12,3	9,3
Sólo ocupacional	12,7	13,6	18,2	31,4	38,4	33,6
Ocupacional y otra fuente	0,1	-	0,3	1,1	0,8	1,0
Otras fuentes	0,2	0,2	1,4	0,9	1,3	2,9
Total	584.454	62.0391	711.169	1.095.239	1.075.890	1.334.340
	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Jóvenes (*)						
Sin Ingresos	48,7	53,5	60,0	29,0	21,9	34,2
Sólo jubilación y pensión	-	-	-	0,2	0,5	-
Sólo ocupacional	48,2	46,5	36,4	66,3	73,9	61,6
Ocupacional y otra fuente	0,7	-	-	2,0	2,1	1,3
Otras fuentes	2,4	-	3,6	2,5	1,7	2,9
Total	86.800	105.765	158.001	268.907	270.239	495.096
	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Adolescentes (*)						
Sin Ingresos	78,8	81,7	86,2	78,3	74,0	78,7
Sólo jubilación y pensión	-	-	-	0,2	0,5	0,2
Sólo ocupacional	20,0	17,7	12,4	19,2	24,0	19,0
Ocupacional y otra fuente	0,5	-	-	1,2	-	0,7
Otras fuentes	0,7	0,6	1,4	1,1	1,0	1,3
Total	272.915	334.890	462.418	375.302	448.696	595.226
	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
Principal Perceptor						
Sin Ingresos	-	-	-	-	-	-
Sólo jubilación y pensión	25,9	23,3	25,8	21,5	20,4	17,0
Sólo ocupacional	68,2	71,2	64,0	64,3	65,7	65,5
Ocupacional y otra fuente	3,4	2,0	2,6	6,5	5,9	5,9
Otras fuentes	2,5	3,4	7,3	7,6	8,0	11,6
Total	724.542	754.163	955.514	1.740.804	1.799.684	2.210.714
	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

(*) Se excluye a aquellos que son jefes o cónyuges en los hogares

65

Bibliografía

ALTIMIR, O. (1997), "Desigualdad, empleo y pobreza en América Latina: Efectos del ajuste y del cambio en el estilo de desarrollo", *Desarrollo Económico*, n°145, vol.37, Buenos Aires, págs. 3-29.

ALTIMIR, O. (1996), "Economic Development and Social Equity: A Latin American Perspective", *Journal of Inter-American Studies*, vol 38, págs. 47-71.

ATKINSON, ANTHONY *et al.* (1995), *Income Distribution in OECD Countries. Evidence from the Luxembourg Income Study*. París, OECD Publications.

AZPIAZU, D., BASUALDO, E., KHAVISSE, M. (1986), *El nuevo poder económico en la Argentina de los años 80*, Buenos Aires, Legasa.

BECCARIA, L. A. (1993), "Estancamiento y distribución del ingreso", en A. Minujín (editor), *Desigualdad y exclusión. Desafíos para la política social en la Argentina de fin de siglo*, Buenos Aires, UNICEF/Losada, págs. 115-148.

BECCARIA, L. A. (1992), "Cambios en la estructura distributiva 1975-1990", en A. Minujín (editor), *Cuesta abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*, Buenos Aires, UNICEF/Losada, págs. 93-116.

COMITÉ EJECUTIVO PARA EL ESTUDIO DE LA POBREZA EN LA ARGENTINA (CEPA) (1993), *Evolución reciente de la pobreza en el Gran Buenos Aires. 1980-1991*, Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos, Secretaría de Programación Económica, INDEC, Documento de Trabajo n°2, Buenos Aires.

FOSTER, J., GREER y THORBECK (1984), "On Economic Poverty: A survey of Aggregate Measures", *Advances in Econometrics*, vol. 3.

FREDIANI, R. (1995), "Desigualdad y pobreza en Argentina", *Contribuciones*, n°3/1995, Buenos Aires Fundación Konrad Adenauer / CIEDLA, págs. 69-92.

GALLART, M.A., JACINTO, C. y SUÁREZ, A.L. (1996), "Adolescencia, pobreza y formación para el trabajo" en Irene Konterlink y Claudia Jacinto *Adolescencia, Pobreza, Educación y Trabajo. El desafío es hoy*, Buenos Aires, Editorial Losada, UNICEF y Red Latinoamericana de Educación y Trabajo.

GALLART, M.A., MORENO, M., CERRUTTI, M., SUÁREZ, A.L.(1992), *Las trabajadoras de villas: familia, educación y trabajo*, Cuaderno del CENEP n° 46, Buenos Aires, CENEP.

GELDSTEIN, R. (1997), *Mujeres jefas de hogar: familia, pobreza y género*, Cuadernos del UNICEF, Buenos Aires, UNICEF.

GERCHUNOFF, P. y TORRES, J.C. (1996), "La política de liberalización económica en la administración de Menem", *Desarrollo Económico* n°143, vol.36, Buenos Aires, págs. 733-768.

INFANTE, R. y REVOREDO, C. (1993), "Gasto social y nivel de ingreso de las familias pobres", en *Deuda social, desafío de la equidad*, PREALC-OIT, Chile.

LINDENBOIM, J. (1996), "Mercado de trabajo y sistema urbano argentino", paper presentado en el III Congreso de ASET, Buenos Aires, 6 al 9 de septiembre 1996, trabajo mimeografiado.

MILLER, S. y ROBY P. (1971), "Poverty: Changing Social Stratification" en Peter Townsend, *The concept of Poverty*, Londres, Heineman.

MINUJIN A., y LÓPEZ, N. (1993), *Sobre Pobres y Vulnerables: El Caso Argentino*, Buenos Aires, UNICEF, Documento de Trabajo N°18.

MINISTERIO DE ECONOMÍA Y OBRAS Y SERVICIOS PÚBLICOS, *Informe Económico*. Segundo trimestre de 1995, octubre de 1995; Año 4, número 14.

MONTOYA, S. y MITNIK, O. (1995), "Evolución de la pobreza y la distribución del ingreso en Argentina", *Novedades Económicas* n°173, año 17, IEERAL, Córdoba, págs. 7-12.

MONTOYA, S. y MITNIK, O. (1996), "La pobreza demanda una solución estructural", *Novedades Económicas*, IEERAL, Córdoba, págs. 11-20.

MORENO, MARTÍN, SUÁREZ, ANA L. y BINSTOCK, GEORGINA (1994), "La realidad de los jóvenes urbanos pobres. Elementos para una política de capacitación. Argentina". Ponencia presentada en el Tercer Seminario de la Red Latinoamericana de Educación y Trabajo CIID-CENEP, *La educación y el trabajo frente a los desafíos del siglo XXI*, Buenos Aires, abril.

MONZA, ALFREDO (1995), "Situación actual y perspectivas del mercado de trabajo en la Argentina", en *Libro blanco sobre el empleo en la Argentina*, Buenos Aires, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

PETRECOLLA, DIEGO (1996), "Pobreza y distribución del ingreso en el Gran Buenos Aires: 1989-1994". Serie Seminarios Working, paper nro. 10, Buenos Aires: Instituto y Universidad Torcuato Di Tella.

POK, C. (1996), "El mercado de trabajo: implícitos metodológicos de su medición", paper presentado en el III Congreso de ASET, Buenos Aires, 6 al 9 de septiembre 1996, trabajo mimeografiado.

PYATT, G. (1987), *Measuring Welfare, Poverty and Inequality, the Economic Journal*, vol . 97, Junio.

SALVIA, A. y DONZA E. (1996), "Evolución de la desigualdad del ingreso familiar durante el Plan de Convertibilidad (1991-1995). Condiciones de exclusión en el Gran Buenos Aires", paper presentado en el III Congreso de ASET, Buenos Aires, 6 al 9 de septiembre 1996, trabajo mimeografiado.

SEN, AMARTYA (1992a), "Sobre conceptos y medidas de pobreza", en *Comercio Exterior*, vol. 42, n° 4, México.

SEN, AMARTYA (1992b), *Inequality Reexamined*, New York, Harvard University Press.

SEN, AMARTYA (1976), "Poverty: an ordinal approach to measurement", *Econometrics*, vol 44, n° 2, marzo

STREETEN, P. (1990), *Poverty: Concepts and measurements*, Documento

presentado al International Workshop on Poverty Monitoring in International Agencies, OIT-PREALC/UNICEF, Santiago de Chile, 11-13 septiembre 1991, Boston, Institute for Economic Development and Department of Economics.

SUÁREZ, A. L. (1996), *Caracterización de los hogares en situación de pobreza del Gran Buenos Aires*, Documento de Trabajo 6/96 de la Dirección de Estudios sobre Niveles de Vida y Pobreza, Buenos Aires, Secretaría de Programación Económica.

Resumen

El artículo describe los cambios ocurridos en los hogares del área metropolitana del Gran Buenos Aires entre octubre de 1985 y octubre de 1995. Los datos provienen principalmente de tres ondas de la Encuesta Permanente de Hogares. La descripción se realiza a partir de una clasificación de los hogares y de las personas según su condición de pobreza relativa (se considera como pobres los 3 primeros deciles de la distribución del ingreso per cápita familiar). El principal aspecto considerado para el análisis es el mercado de trabajo y sus manifestaciones en la distribución del ingreso, en el tipo de inserción ocupacional y en los niveles de informalidad y precarización. Se analizan asimismo los cambios en la estructura de los hogares y en la situación educativa de sus miembros.

En conclusión se señala que los datos llevan a afirmar que los hogares con escasos ingresos sufrieron importantes modificaciones entre 1985 y 1995. Estos cambios fueron en el sentido de empeorar su situación. Los hogares no pobres también sufrieron modificaciones que, en la mayoría de los aspectos en cuestión, los posicionaron peor en 1995 con respecto a 1985. Sin embargo, los cambios fueron mucho más tenues que entre sus pares pobres. Se verifica por lo tanto un creciente distanciamiento entre los hogares por arriba y por debajo del tercer decil de ingresos.

Abstract

The article describes socioeconomic changes of low-income households in the Metropolitan Area of Buenos Aires between October 1985 and October 1995. Data come from three Permanent Household Surveys carried out by INDEC. Households in the first three deciles of the family per capita income distribution are the ones considered as poor. The main aspect considered for the analysis is the labor market and its manifestations in the income distribution, in the labor market participation, and in the levels of informality and precariousness. Changes in the structure of the households and in the educational situation of their members are also analyzed.

In conclusion, data shows that households with low incomes suffered important changes between 1985 and 1995. These changes were in the sense of worsening their situation. The non-poor households also suffered modifications that, in most of the aspects in question, worsen their position over the same ten years. However these changes were not as deep as among the poor households. Therefore during 1985-95 there has been an increasing gap among the households above and below the third decile of incomes.

Marta Panaia

Gestión del proyecto, gestión del proceso productivo y gestión de empresa en el sector de la construcción argentina¹

Las reflexiones de este artículo intentan relacionar las características del sector de la construcción y las formas de extracción de la productividad en el mismo, con la eficiencia competitiva y el logro de la calidad, indispensables para salir de la crisis de reestructuración productiva en que está inmerso el sector y participar en mejores condiciones en el Mercosur.²

En esta industria, para comprender los mecanismos de incremento de la productividad, es muy importante precisar las características sociotécnicas del proceso de trabajo y su relación con las diferentes lógicas de obtención de las economías internas, porque su logro tiene características propias distintas a los restantes sectores.³

Una versión preliminar de este trabajo se expuso en el III Simposio Nacional de Análisis Organizacional y I del Cono Sur realizado en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires del 16 al 19 de julio de 1997.

Marta Panaia es miembro de la Carrera de Investigador Científico y Tecnológico del CONICET, con asiento en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

¹ Agradezco muy especialmente los aportes de mis referatos a la presentación original.

² No trataremos en particular en este artículo los desafíos de la industria de la construcción frente al Mercosur, que ya fueron planteados en un artículo anterior, pero estamos refiriéndonos particularmente a lo que denominamos falta de acuerdos sectoriales de los cuatro países y la diferencia competitiva de los sectores empresarios de Brasil y Argentina. Cf. Panaia, Marta, 1996b.

³ El aumento de las exigencias que establece la competitividad y la amenaza que introduce el desempleo en la situación de trabajo, producen deconstrucciones sociales tanto en el proceso de trabajo prescripto como en el real, pero además valoriza nuevos espacios sociales o espacios conexos a la